Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva

Sergio García Oriol

«Si sale con barbas, San Antón...» (1)

(1) Cuentan que cierto pintor, cuya maestría en el manejo de los pinceles era de las más inciertas, al empezar un cuadro de inspiración devota, recibió la vista de un conocido. El visitante preguntó al artista qué se proponía representar en el lienzo casi virgen. Nuestro pintor, consciente de sus posibilidades, contestó modestamente: «Si sale con barbas, San Antón y si no, la Purísima Concepción.» Esta cita parece venir de perillas en el momento de empezar este escrito, puesto que yo y el pintor nos encontramos en una situación muy pareja.

A modo de introducción

En el momento en que escribo estas líneas estamos a primeros de marzo del año del Señor de 1983.

Ha poco recibí la circular de la AEPE en la que se me comunica el proyecto del viaje al Perú, con su programa y sus particularidades. Todavía tenemos mucho tiempo por delante antes de llegar a ese mes de julio en que el proyecto empezará a transformarse en realidad concreta y palpable.

De momento, voy a rellenar y mandar el boletín de inscripción, por si las moscas. Esto no representa más que la expresión de un propósito sincero: no es todavía un compromiso irrevocable. Ya se sabe que del dicho al hecho hay mucho trecho, que el hombre propone y Dios dispone, que es de incautos vender la piel del oso que todavía anda vivito y coleando.

Estas reticencias verbales no se me ocurren a causa únicamente de la fragilidad de los proyectos humanos. Es que en la circular susodicha hay dos o tres cositas que incitan a la reflexión.

Primero hay aquello de que para gozar plenamente del viaje hay que estar en buenas condiciones físicas. Es una manera delicada de decir: «Pachuchos, abstenerse». Y yo me siento pachucho como el que más. Precisamente, estos días estoy haciendo mal la digestión de lo que ingiero, y eso que no como sino cositas ligeras, sustanciales, de buena y fácil asimilación. Por otra parte, me duele el hombro derecho. No es nada, un poco de reuma sin duda, pero iqué fastidio por la noche, cuando el silencio y la paz exteriores agudizan las sensaciones internas! También fumo más de la cuenta y los bronquios, impresionados tal vez por las campañas contra el tabaco de la época actual, no parecen estar conformes con ello. Desde hace ya varios años tengo el corazón que late a su manera, sin la menor ortodoxia, con un total desprecio del ritmo y del compás. Tuve antaño una úlcera de duodeno que se curó muy bien, pero nunca se sabe. Del bazo, del hígado, de los riñones y demás vísceras no tengo información particular. Dichosamente no poseo ningún tratado de medicina casera y esto limita de cierta manera el catálogo de dolencias y achaques

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

que pudiera enumerar, como el héroe del humorista inglés que en caso semejante, sólo se encontraba exento del síndrome que afecta a las rodillas de las fregonas.

Así pues, la frasecita sobre la buena forma física me trae inquieto de verdad. No he terminado de preguntarme una y otra vez: «Bueno, muchacho, ¿cómo te sientes hoy? ¿Estás en buenas condiciones físicas para gozar del viaje que te están preparando?»

Hay, en la circular, otro punto que tampoco está hecho para asegurar la paz de un espíritu ansioso e inquieto por naturaleza como es el mío. El precio que indican (un ojo de la cara) se basa en una determinada paridad del dólar estadounidense con el franco francés, ese franco que además de ser la moneda nacional de Francia es la moneda personal de mi cartera, de mi cuenta bancaria, de mi salario y del pan mío de cada día.

Ahora bien, el mundo económico y financiero con sus inmensas sutilidades bancarias, bursátiles y comerciales, con sus crisis y sus endeudamientos, es para mí un universo misterioso. Precisamente estos días, los medios de información no hablan más que de estas cosas. Dicen que el oro ha bajado una barbaridad, que el marco alemán se va a poner por las nubes, que el petróleo se está cayendo por los suelos. El barril que se vendía a 34 dólares, no costará de momento más que 29. Todo esto, según los economistas, no son más que catástrofes.

Si se me permite un paréntesis, no puedo menos que decir que eso del barril de petróleo me tiene intrigado. En un mundo de técnica avanzada como el nuestro, me cuesta trabajo imaginar que, al pie de cada pozo, hay un señor con un barril para medir el oro negro que va manando, antes de verterlo en los oleoductos o en las entrañas de los buques petroleros, de la misma manera que el lechero de antaño, con su cuartillo de metal, medía la leche, o igual que el que sacaba vino de un tonel para llenar una garrafita.

Pero no nos vayamos por los cerros de Ubeda. Lo importante es que con tanto subir y bajar, el dólar no se va a quedar quietecito en su sitio. Hay que prever grandes fluctuaciones de aquí hasta julio. Sin ser jugador, me voy a encontrar en la situación del que espera que salga el buen número o que le den la carta que le conviene.

La cuestión económica no deja de tener sus toques histórico-poéticos. «Por acá se va al Perú a ser ricos» dicen que dijo Pizarro a sus trece compañeros de la isla del Gallo. Y el cubano José María de Heredia, en su soneto a la «bandada de gerifaltes» que eran los conquistadores, dice:

> «Ils s'en vont conquerir le fabuleux métal
> que Cipango mûrit dans ses veines lointaines.»

Para nosotros las cosas no se presentan de la misma manera. No vamos a ir al Perú a ser ricos como los amigos de Pizarro, ni a conquistar el oro fabuloso como los jerifaltes de Heredia, sino que, al contrario, vamos a gastarnos los cuartos en grande, a dejar en la aventura yo no sé cuántos de esos dólares fluctuantes. Cierto que ya estamos avisados por la sabiduría popular: «Ce n'est pas la Pérou» se dice en Francia cuando se habla de cosas de poca monta. Y en España se encarece el precio de algo diciendo que «vale un Perú». Así que arriba los corazones y manos al bolsillo. No todos podemos ser amigos de Pizarro o bandada de gerifaltes.

Hay todavía otra cosa en la circular que me incita a la meditación. Se trata de la alusión a las condiciones geográficas y climáticas. Y uno, que no es lerdo, se dice: «Pues anda, es verdad que aquel país tiene una orografía de cuidado». Los dos mil y pico metros de altitud sobre el nivel del mar de la ciudad de México se achican prodigiosamente cuando uno piensa en las vertiginosidades andinas. Se recuerdan

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

con inquietud las epopeyas del Himalaya con sus innumerables tragedias. Uno se dice que con la fama que tienen los meridionales y especialmente los latinos, es casi seguro que nadie va a pensar en mascarillas respiratorias y botellas de oxígeno en cantidad suficiente para todos nosotros, que no habrán previsto «sherpas» portadores de maletas y bolsos de viaje, ni reservas de víveres para el tiempo necesario en caso de que las cosas se torcieran un tanto.

Por lo que se refiere al clima, el cuadro no es tampoco muy rosa que digamos. La gente de los hemisferios australes —ya sé que geométricamente hablando, el plural es absurdo, pero a mí me impresiona más y me suena mejor decir hemisferios australes—, la gente de los hemisferios australes decía, pues, es imprevisible, caprichosa y absolutamente desprovista de lógica; yo no ignoro que ellos han decidido situar el invierno en julio y agosto, que para ellos el mes de la flores es septiembre y el de los frutos diciembre. A mi modo de ver, todo esto es de lo más absurdo que cabe imaginar, pero, el mal ya está hecho y parece irremediable. Por consiguiente, después de las pasadas vacaciones de Carnaval, que viví en España, con un palmo de nieve bajo los naranjales mediterráneos y muchísimos grados bajo cero a lo largo y lo ancho de la piel de toro, ahora me voy a encontrar con lo único que me faltaba, el invierno en agosto.

Afortunadamente, la circular no dice nada más. Pero ya es bastante ¿no?

Primeros de abril

Un mes ha transcurrido desde que escribí lo que antecede. Como ya lo barruntaba, las fluctuaciones del dólar no han sido grano de anís. Sólo que en el estado actual de las cosas, el concepto de fluctuación es fundamentalmente impropio. Para mí, fluctuación es movimiento alternativo de aguas agitadas. Cuando se fluctúa, se sube y se baja. Lo del dólar no tiene nada de alternativo y no hace pensar en un navío, sino en un globo, ya que el movimiento es únicamente ascensión. El globo-dólar anda ahora por encima de las nubes.

Para arreglarme las cosas una serie de austeras decisiones raciona severamente las divisas que podré llevarme cuando pase las fronteras. Como no tengo idea del coste de la vida en aquellas lontananzas, me pregunto angustiadamente si podré comer y beber cada día o si tendré que contar con la generosidad de algún amigo rumboso y caritativo, oriundo de un país menos entrampado que el nuestro.

Por otra parte, he leído estos días un montón de guías turísticas y relatos de viaje y he aprendido un nombre terrorífico que me espeluzna, el soroche, dolencia súbita, violenta y multiforme que es azote de viajeros en altitud.

Por suerte, pienso pasar la primera quincena de julio en los Alpes y utilizar todos los medios de ascensión que se presenten y me lleven por encima de los tres mil metros. Este entrenamiento puede ser útil para lo que me espera, aunque no dejo de preguntarme si los metros alpestres son lo mismo de temibles que los metros andinos. Sé muy bien que lo que digo no es absurdo, por experiencia de automovilista empedernido he notado muchísimas veces que según los lugares hay kilómetros cortos y kilómetros larguísimos.

Jueves, 21 de julio de 1983

Se acabaron los preámbulos. Llegó por fin el día tan esperado sin incidente mayor de salud o de pesetas lo bastante decisivo para comprometer el viaje.

Después de una larga noche ferroviaria, me encuentro en París, en la estación de Austerlitz, por donde llegan y salen los provincianos de mi región que visitan la «ville lumière». El sol brilla en un cielo sin nubes, el aire es fresco y ligero. Me apre-

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

suro a dejar en la consigna el equipaje y me lanzo a deambular a lo largo del Sena, en torno a Notre Dame y otros lugares prestigiosos. En este día veraniego reina en la capital una atmósfera de vacaciones sin prisas y sin atascos. Hasta el metro, que me había parecido tan acongojante cuando salí para México, tiene hoy un aspecto más humano. La tensión de los viajeros no es aparente y en algunas estaciones, algún músico ambulante sube al coche, toca en su acordeón unas piezas alegres o, acompañándose a la guitarra, entona una canción moderna del repertorio anglosajón. La gente les da unas monedas de buena gana y no se ven las caras inexpresivas o enfurruñadas que tanto me habían impresionado. Cierto es que esta vez no viajo a esas horas en que la gente se dirige con apresuramiento al ingrato laborar cotidiano. Me parece que estos preliminares son de buen augurio para el viaje que empieza. Cuando regreso a la estación para recuperar los bártulos veo pasar ante mí a la primera de nuestras compañeras de viaje, que acaba de apearse del tren y que empuja un carrito con las maletas. Anda majestuosamente, elegante, bien peinadita, como si en vez de salir del tren saliera de un estuche. Las mujeres suelen saber mucho de estas cosas que se refieren a la presentación. Un trayecto fácil, aunque largo, nos lleva a Orly, donde a las cuatro de la tarde, somos los primeritos en llegar a la cita con dos horas de antelación. Debemos ser los más impacientes o los más ansiosos, pero no tardan en aparecer caras amigas y figuras conocidas. A la hora señalada nos encontramos reunidos todos los que hemos de salir de París y poco después se presenta una joven rubita y simpática, Christine, que ha de ser la única pastorcita de nuestro rebaño hasta Madrid.

Despegamos a la hora prevista o poco menos, la precisión aérea es de las más relativas como ya se sabe. Volamos con Iberia esta vez.

Dos horas más tarde aterrizamos en Barajas, a las diez de la noche, después de tomar la primera de las cinco comidas, desayunos, meriendas o cenas que nos han de servir («ofrecer», anuncian los altavoces) a lo largo del trayecto. Esas bandejas que se sirven a los viajeros a horas caprichosas y a intervalos generalmente demasiado cortos, son una manera de distraer a la gente y hacer olvidar la monotonía del viaje. Sinceramente, yo no creo que las compañías aéreas tengan malas intenciones contra los viajeros en estas circunstancias o que se propongan malévolamente alterar el ritmo digestivo de nadie.

La salida de Madrid está programada para las dos y media de la noche, con lo que empieza una de esas interminables esperas en las salas de tránsito que tanto han de abundar en lo sucesivo. Afortunadamente para nosotros, la espera se hace más llevadera con la llegada, en tiempo oportuno, de los compañeros que se unen a nosotros en Madrid, para completar y reforzar el cuerpo expedicionario de AEPE que va a emprender el descubrimiento del Perú. No creo que ninguno de nosotros tenga proyectos de conquista ni la menor intención colonizadora. Tenemos más de Cristóbal que de Francisco o de Hernando.

Con los amigos aparece el segundo rabadán de la manada que formamos todos juntos. Dicho rabadán se llama Conchita, tan morena como rubia es Christine y no menos simpática y sonriente. Las dos jóvenes (muy lindas las dos, dicho sea de paso) nos acompañarán durante todo el viaje y se mostrarán inalterablemente cordiales, amistosas, eficientes y de buen humor. Por lo que a mí se refiere, puedo decir que cada vez que les he planteado un problema han hecho lo imposible por resolverlo con eficacia discreta y sin alardes. Tengo la impresión que todos nosotros o la inmensa mayoría, ha de terminar el viaje con un sentimiento de amistosa cordialidad para nuestros angelitos rubio y moreno. Ellas, por su parte, me dirán más tarde que nuestro grupo, con su curiosidad y su interés por todo lo que se presenta, con el ambiente amistoso que reina en él, les cae bien.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

Viernes, 22 de julio

Durante la espera en la sala de tránsito de Barajas, hemos pasado sin darnos cuenta al segundo día del viaje, del que ya han transcurrido más de dos horas cuando despegamos por fin. Entonces empieza la larga monotonía del gran salto sobre el Atlántico, en la oscuridad de una noche que se prolonga más de la cuenta: esta vez vamos huyendo del sol que llega por el este y que nos persigue.

Poco después del despegue el comandante se dirige a los viajeros a través de los altavoces. Da explicaciones que me parecen confusas porque no le oigo bien: se disculpa por el retraso que llevamos, habla del peso del cargamento y creo entender que es excesivo, de la provisión de carburante que me parece insuficiente, de la velocidad que llevamos, para mí inferior a la normal. Creo entender que las cosas no andan como es debido, que nos encontramos en situación comprometida y que nos están preparando una emergencia, escala forzosa o regreso al punto de salida, yo qué sé. No me siento aterrorizado, pero en fin, cierta inquietud me cosquillea desagradablemente. Por fortuna, nadie se da por enterado: todo ello no son más que especulaciones de mi espíritu, que ha interpretado de manera alarmista lo que no ha captado bien y no eran más que las indicaciones usuales y rutinarias.

Entre los pasajeros que nos acompañan hay dos señoras maduras que excitan la curiosidad general. Una de ellas lleva en los brazos un muñeco de tamaño natural con todos los perfeccionamientos modernos: berrea, se orina en los pañales, se toma el biberón y todo lo demás como una criatura de verdad. Las dos señoras se ocupan del niño, lo hablan, lo cuidan, le mudan como madres amantes, tiernas o severas según el momento y las circunstancias. Para nosotros la extraña familia constituye una verdadera atracción que nos sorprende, nos divierte y nos incita a reflexionar sobre los intrincados mecanismos del espíritu humano con sus extrañas aberraciones y sus vericuetos.

Todavía reina la oscuridad nocturna cuando hacemos escala durante cuarenta y cinco minutos en San Juan de Puerto Rico, del que no vemos gran cosa y son la ocho de la mañana que empieza, según la hora local, cuando aterrizamos en San José de Costa Rica, del que no podemos divisar más que las inmediaciones del aeropuerto.

Más tarde ya, cuando nuestros relojes que miden el tiempo a la europea indican las seis menos veinte, a través de los tragaluces surge una visión que nos emociona a todos: por encima del mar de nubes que sobrevolamos, emergen cumbres ingentes: los Andes se muestran a nuestros ojos por primera vez. Poco después podemos contemplar el Pacífico a nuestros pies, ya que nuestro rumbo corre paralelo a la costa. Desde hace un buen momento reina en el avión una agitación diligente y matutina. Hay cola ante los aseos, donde los hombres se afeitan con sus maquinillas y donde las mujeres hacen otro tanto con sus afeites. Afortunadamente, el avión, lleno a tope a la salida de Madrid, se ha desocupado un tanto desde San José, lo que nos permite cierta holgura de movimientos. Los viajeros despiertan con semblante somnoliento, pero con la sonrisa en los labios ante la perspectiva de la llegada lo bastante próxima como para levantar los ánimos un tanto decaídos con el largo viaje.

Ya estamos listos para el desayuno cuando nos sacuden rudamente unas turbulencias violentas y repentinas. El café de las tazas se vierte, inconveniente desagradable para muchos. Para mí, estas sacudidas tienen un aspecto más catastrófico que una mancha en la ropa. Aleccionado por la experiencia mejicana, me he comprado una grabadora ligera y manejable en la que he ido consignando mis primeras impresiones a lo vivo. Me las prometo muy felices con este accesorio que me permite

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

poner en conserva mis recuerdos personales, las conversaciones que he de entablar, las conferencias interesantes, la música y las canciones, un tesoro de sonidos y de voces que podré escuchar tantas veces como quiera. Acabo de grabar unas observaciones que se me ocurren y he puesto el aparato al alcance de la mano, en la redecilla del respaldo que se encuentra ante mí. Pero no lo he afianzado como es debido y las turbulencias lo proyectan al suelo. Cuando lo recojo y lo examino, a primera vista todo funciona bien, pero pronto me doy cuenta de que al grabar, la cinta no se enrolla debidamente y forma un ovillo lamentable. Este incidente me priva de recuerdos auditivos. No me queda más recurso que el de siempre, la fotografía, del que me he de servir sin contar, de tal manera que al final del viaje he de disponer de más de 700 diapositivas impresionadas. Claro que una parte de ellas han de ser lamentablemente pifias, pero algo ha de quedar; aunque no sea más que la mitad, 350 fotos ya representan un buen recuerdo. Pero esto no lo sabré hasta que llegue y me hagan el revelado.

En este momento se escuchan en el altavoz una palabras que no entiendo bien. Lo que sí oigo claramente es que se nos habla de «treinta y cinco minutos». Y lo que me intriga cuando se repite la frase en inglés, es que la voz pronuncia «forty five minutes». Yo me pregunto si la diferencia entre los treinta y cinco minutos españoles y los cuarenta y cinco del inglés significan que para los anglosajones el tiempo parece más largo que para los latinos o si se trata únicamente de evitar la pronunciación de «thirty five», con ese «th» británico cuya correcta articulación cuesta tanto a los que no mamaron la lengua de los Beatles, más conocida hoy en día que la de Shakespeare. Los hay que esquivan las dificultades y prefieren las soluciones de felicidad (como no se suele decir).

El personal de Iberia me parece menos engolado que el de Aero México. Las azafatas resultan menos artificiosamente acicaladas, más naturales y más afables. En cuanto a los azafatos, que algunas de nuestras compañeras encuentran guapísimos, lo que yo no me siento capaz de apreciar, son activos, serviciales, y no desdeñan conversar amistosamente con los viajeros en los momentos de calma. Uno de ellos me afirma, mientras fumamos un cigarrillo, que su oficio es mucho más agradable y menos monótono de lo que yo pienso.

Por fin se anuncia la llegada inminente a Lima. Para nosotros serán las ocho de la noche cuando aterricemos. Hace unas veinticuatro horas que salimos de París. Pero según los relojes limeños, nuestra llegada se sitúa a la una de la tarde.

En el momento en que el avión se posa, estalla una ovación de los pasajeros en homenaje a la maestría del piloto. Esto me parece chocante y abusivo. ¿Quién aplaude al carpintero que termina correctamente la puerta que está fabricando? Además, si en vez de aterrizar como Dios manda, el piloto nos hubiera escacharrado a todos, ¿quién se hubiera encargado de la silba y el pateo merecidos por la mala actuación?

Cuando me apeo después de tantísimas horas de avión, con las piernas entumecidas y el cuerpo envarado, me digo que si las cosas estuvieran bien hechas, mis ojos se posarían en un inmenso cartel publicitario, como tantas veces los he visto en España, que diría «Con Iberia ya hubiera llegado». Pero la vida cotidiana conoce poco la ironía y no hay tal cartel.

Nos espera un autobús y un guía de Lima Tours, que se ha de encargar, en nombre de la agencia parisiense, de nuestra estancia y desplazamientos en el Perú.

No quiero hablar ahora del trayecto hasta el hotel, bajo un cielo brumoso de un gris sucio, ni de mis primeras impresiones en Lima. Sólo quiero consignar que al pararse el autobús en una encrucijada, observo a tres muchachos que examinan con evidente regocijo tres o cuatro aparatos fotográficos de modelos y marcas dis-

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

pares que van sacando de un saco. Están tasando sin duda el botín de una fructuosa jornada laboral y rateril. La fama de los rateros limeños que nuestro guía acaba de ponderar y que todas las guías encomian sin reservas, no es usurpada. Habrá que andar con pies de plomo y ojo avizor.

Llegados al hotel, nos suben a un salón del último piso donde nos sirven un «pisco-sour» de bienvenida. Se trata de una combinación muy conocida aquí, y que se bebe muy ricamente, a base de pisco, aguardiente que se fabrica en Pisco con el zumo de la vid; al aguardiente se añade clara de huevo, limón y canela. Yo quiero pensar que la palabra «sour» es vocablo quechua y que si se escribe, pronuncia y tiene el mismo sentido que la palabra inglesa que significa agrio no es más que una curiosa coincidencia.

Un ejecutivo de la agencia limeña, gringo de pies a cabeza pero que se expresa con soltura en español, nos desea la bienvenida, presenta el país y expone el programa de nuestra estancia. A continuación, se nos distribuyen las llaves de las habitaciones donde nuestras maletas nos esperan y el grupo se dispersa por los diversos pisos y corredores del Savoy.

Por mi parte, vestidito y todo, me tumbo en la cama y me concedo un descanso merecido, hata el momento en que, con la cabeza más despejada y los miembros menos agarrotados, me voy a dar una vueltecita por la Plaza de Armas y calles aledañas, que se encuentran a tres o cuatro cuadras del hotel.

Lo que más me llama la atención es la extraordinaria proliferación de vendedores callejeros que ofrecen tebeos, galletas, caramelos, cigarrillos al por menor, juegos y juguetes, cinturones y mil mercancías más de poco valor y de bajo precio, expedientes precarios para sobrevivir penosamente en esta ciudad en que los desocupados forman legión. Un guía me dirá más tarde que en Lima, estos vendedores improvisados son más de doscientos cincuenta mil. También observo con interés los escaparates de las tiendas que me parecen anticuadas, provincianas, adocenadas. Lo más moderno y cosmopolita de aspecto son los hombres uniformados que, bien vestidos y con el casco puesto, pululan por todas partes. Son miembros de la Guardia Republicana o de la Guardia Civil, los dos cuerpos de la fuerza pública que se encargan de mantener el orden.

En un ángulo de la plaza hay un camión antidisturbios con sus cañones de agua para dispersar manifestaciones. De momento está cerrado y abandonado por sus tripulantes.

Todo esto da un impresión de tensión poco tranquilizadora.

En este momento oigo las sirenas de coches y camionetas de la policía que se meten en una calle peatonal con gran despliegue de fuerzas y de agitación enfebrecida. Yo me mantengo a prudente distancia y me informo interrogando a los transeúntes que no parecen conceder gran importancia a la cosa. Según dicen, se teme que haya una bomba en la calle, lo que no tendría nada de extrañar: ayer mismo volaron unas instalaciones eléctricas y hubo en Lima un apagón general. A poco la normalidad se restablece, la policía y los bomberos se alejan, era sólo una falsa alarma. Pero yo me digo que en este ambiente de inseguridad, de atentados, de guerrillas, con lo poco informados que estamos, nuestra expedición toma el cariz de aventura temeraria.

Cuando regreso al hotel, me entero de varios incidentes desagradables: unos compañeros que en Madrid se vieron obligados en el momento de embarcar, por imposición de un empleado fachendoso y malhumorado, a depositar un bolso de viaje con las maletas, lo han recuperado en el hotel sin la cámara cinematográfica que contenía; a uno de los nuestros que paseaba por la calle, le han sutilizado las gafas graduadas que llevaba en el bolsillo de la camisa; en cuanto a nuestras zaga-

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

las, Conchita y Christine, que estaban tomando un trago en el barra de un bar, al lado del hotel, y que habían puesto entre las dos el bolso de una de ellas, lo han visto desaparecer por los aires sin saber cómo. Lo más precioso que contenía el bolso era la llave del compartimento de la caja fuerte donde habían depositado las cosas de valor.

Ni estas noticias ni las repetidas comidas de Iberia me han cortado el apetito y me siento a la mesa con ánimo decidido. Pera entrar de lleno en el ambiente local, pido unos anticuchos mixtos, que son broquetas en las que han espetado principalmente unos trozos de rape para asarlos. Van acompañadas de papas, maíz cocido en mazorca y batata, con una salsa criolla que para mí pica más de la cuenta. Todo ello resulta sabrosísimo. He pedido también media botella de un vino tinto que se deja beber, pero que en el momento de pagar me cuesta diez mil «soles de oro», bastante más que todo lo que he comido. En lo sucesivo me limitaré a la cerveza o al agua mineral que resultan más abordables, a pesar de las burbujas que no me convienen demasiado, pero que son una garantía de salubridad con la cápsula que las cierra y no permite adulteraciones. El agua mineral sin gas se parece demasiado al agua del grifo para inspirar confianza.

En cuanto acabo de tragar el último bocado me voy a la cama y pongo así punto final a este día interminable en que tanto he visto y oído. Me duermo en el acto como un lirón, pero un lirón intermitente puesto que a lo largo de esta primera noche limeña me he de despertar varias veces.

Sábado, 23 de julio.

Son las seis de la mañana cuando, al abrir los ojos por enésima vez, una débil claridad diurna se cuela por las cortinas del balcón. Ya no voy a poder dormir más: mi cuerpo y mi mente me dicen que el nuevo día empieza ya.

La temperatura de las primeras horas de esta mañanita de invierno me sorprende por su clemencia, es superior a los veinte grados, pero el aire está impregnado de una humedad penetrante. El cielo está uniformemente nublado como a la llegada y de él se desprende una tristeza gris y mugrienta que baña casas y calles.

Ayer, durante el trayecto que nos conducía del aeropuerto al hotel, se me cayó el alma a los pies. La Lima que desfilaba ante mis ojos, suburbial primero y céntrica después, no tenía nada que ver con la poética visión de una lánguida y céntrica ciudad criolla que el nombre sugiere. La Lima soñada y la ciudad que contemplo se sitúan en dos universos opuestos. Lima, palabra armoniosa y suave, que deja en la boca un sabor y un perfume embriagadores, que sugiere imágenes sensuales y perezosas de policromía tropical, de vida sin prisas y sin cuidados, de flores ardientes y paredes deslumbrantes de blancura, esa Lima imaginada no corresponde para nada con la sobrecogedora realidad.

Claro está que el cansancio del interminable viaje y la grisácea tristeza del cielo invernal, tienden ante nuestra mirada un velo de subjetividad desencantada. A pesar de ello, la realidad que desfila ante nosotros no tiene nada de halagüeño. La sordidez polvorienta y angustiosa, el hacinamiento desordenado, el descuido y la pobreza de una triste urbanización confusa y caótica, son innegables evidencias y no impresiones pasajeras.

Ante el desolado espectáculo que se me ofrecía, llegué a preguntarme ¿qué se me ha perdido a mí por estos tristes andurriales?

Esta mañana, aunque la realidad no ha cambiado, aunque el aspecto de las terrazas que contemplo a mis pies desde el balcón es tan sórdido, tan gris y tan mise-

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

ro como el de ayer, lo que triunfa no es el desánimo de anoche, sino la curiosidad impaciente, la avidez de ver y tratar de comprender esta inmensidad desconocida.

Las caras de los amigos en el comedor, ante el desayuno, son más tersas y más relajadas que ayer. El descanso ha tonificado los cuerpos y animado los espíritus. Además, detalle pequeño pero no insignificante, el café que nos sirven no es nada malo y no se parece al detestable café «americano» que se suele beber por estos pagos.

Esto nos permite abordar la parte académica y estudiosa de nuestra expedición, con la primera conferencia que empieza a las nueve. No es mi propósito comentar las intervenciones que se van a suceder, hoy y los días siguientes, según el programa previsto. Unas serán apasionantes, otras lo serán menos, como sucede siempre en estos casos, según la personalidad del que interviene.

Lo que sí quiero notar es que los universitarios peruanos que toman la palabra lo hacen en un castellano cuya fonética no es perceptiblemente distinta de la que se estila en España, tal vez con unas discretas notas andaluzas. Por lo que toca al vocabulario, las particularidades son muy poco sensibles; no hablemos de la sintaxis, que se respeta escrupulosamente, a pesar de que un «... se asombraban de que los indios andasen desnudos» me deja turulato y me sume en mares de perplejidad. Supongo que el desliz no era sino descuido personal o desenfado modernista, porque no he vuelto a oír nada parecido en todo el viaje.

También quiero decir que he escuchado aquí conceptos que me han sorprendido por los desacostumbrados. Se prodigan generalmente condenas más o menos matizadas de la conquista y colonización de América por los españoles, que se suelen presentar como una cruel empresa de destrucción, de exterminio físico deliberado. Hoy, por boca de un universitario peruano, se expone un punto de vista distinto, que se puede resumir en pocas palabras. Si bien es verdad que la colonización del Perú fue nefasta para los indios, no hubo genocidio ni voluntad exterminadora, sino destrucción del sistema agrícola precolonial, descuido de la agricultura, cambio en la economía. A la frase anglosajona que afirma que «el mejor indio es el indio muerto», se opone la tesis castellana de que «esta tierra sin indios no vale nada». La corona protegió a los indígenas no por humanidad sino para percibir impuestos. La liberación de la colonia resultó perjudicial para los indios: dispusieron de menos tierras en el dominio material; en el dominio cultural se puede notar que el número de cátedras de quechua disminuyó considerablemente. Todo esto suena de manera muy opuesta a las apasionadas tesis de los indigenistas. El orador no opone América a Europa, sino que sintetiza y hermana.

En otro dominio, he podido observar que Francisco Pizarro ha tenido en la memoria de los peruanos una parte mejor que la que ha cabido a Cortés en la de los mexicanos. Cortés es el conquistador, el sojuzgador, el destructor que impuso el yugo extranjero. «Nuestos abuelos los aztecas», decía una mexicana rubia y sonrosada, de innegable ascendencia europea por los cuatro costados, renegando lo más evidente de su personalidad. Aquí en Lima, al ladito de la Plaza de Armas, se alza una orgullosa estatua ecuestre del conquistador y en la cercana catedral, una magnífica capilla expone la momia del ilustre caudillo respetuosamente, con gratitud. Bien es verdad que el Pizarro de la estatua y de la capilla no se muestra como el guerrero sojuzgador, sino como el fundador de la ciudad.

Las conferencias se terminan a la hora de comer. Al salir de la sala de reuniones, en el último piso del hotel, ya que la huelga de la universidad de San Marcos impide que nos reunamos allí y reduce el contacto con profesores y estudiantes, nos dispersamos en busca del restaurante prestigioso, gastronómico, típico o curioso que cada uno ha seleccionado en las guías o ha oído mentar.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

A esta hora, el cielo se ha despejado excepcionalmente en nuestro obsequio, circunstancia poco frecuente en esta época del año, según nos dicen. Los dioses precolombinos nos son propicios.

Nuestro objetivo es una casa de comidas popular y modestísima que la «Guía del trotamundos», biblia de los jóvenes que viajan con la mochila al hombro, a lo aventurero, con pocos cuartos en la faltriquera, presenta como una de las curiosidades limeñas que importa conocer.

Vamos a pie, a través de los innumerables transeúntes, variadísima galería de tipos humanos: elegantes o descosidos, ricos o miserables, europeos, africanos, asiáticos, oceánicos y probablemente también americanos; nacionales y extranjeros, extremos de belleza o cumbres de fealdad, en una diversidad que sorprende y asombra. El limpiabotas que insiste en lustrarme los zapatos con el obsesionante «shoe shine, Mister» que me ha de asediar en cada ciudad visitada, es ecuatoriano, ha llegado a Lima en busca de prosperidad y de trabajo; la señora preñada que pasa a mi lado es sin duda alguna de lo más preñado que he visto en mi vida; los modernos autobuses turísticos desfilan entre vehículos colectivos antediluvianos cuyo escape produce obscenos ruidos de digestión laboriosa, llenos a tope de humanidad heterogénea, cubiertos de parches y remiendos; los coches nuevecitos de los pudientes codean artefactos rodantes oxidados hasta la médula, como roídos por la lepra, increíblemente agujereados y abollados. A lo largo de las aceras hay profusión de carritos de mano, triciclos, tenderetes, puestos, mesillas en que se exponen y proponen frutas, helados, condumios calientes o en frío para consumir inmediatamente o para llevarse a casa, objetos de todas clases, para todos los usos, baratillo indescriptible que da a la calle un colorido pintoresco que excita y solicita a cada paso la curiosidad más apasionada.

El restaurante al que llegamos por fin, lleva el inesperado nombre de «La Buena Muerte», curioso programa a la hora de comer. Al entrar, se encuentra un mostrador cubierto de enormes recipientes desbordantes de cebiches, de arroz, garbanzos o tallarines con mariscos, de conchas y crustáceos, de salpicones y enrollados, todo lo que el mar procura, preparado de mil maneras apetitosas y de buen ver a pesar de lo particularísimo del local. En torno al mostrador una humanidad hambrienta y apresurada se apiña y consume de pie sendas raciones de los manjares que se ofrecen a la vista. Es gente de toda catadura y pelaje, de clase modesta, popular, muy poco turística a decir verdad.

A continuación del espacio cuadrado donde se encuentra el mostrador, una salita larga y estrecha, con un pasillo central entre dos hileras de seis o siete mesas pegadas a la pared, cada una de ellas ocupada por cuatro o cinco comensales, sin un solo lugar vacío. Al fondo, dos salas más: la de la derecha es la cocina y la de la izquierda otro comedor, tan atiborrado como el primero.

Para sentarse sin espera, hay que llegar a las doce en punto, cunado se abre el establecimiento y penetrar en él con los que ya están esperando.

Dos o tres muchachos diligentes, aseguran un servicio si no de gran estilo, por lo menos sorprendentemente rápido y eficaz. De vez en cuando pasan con barreños humeantes o con enormes fuentes de los que desbordan regueros de salsa que caen al suelo cubierto de serrín y constituyen una amenaza de cada instante para mis pantalones y mi cazadora, tan claros y tan limpitos hasta ahora. Por lo que toca a los demás, que cada cual se espabile a su manera, a mí me basta y me sobra con el desvelo constante por encogerme, empequeñecer, reducir superficies y esquivar lamparones.

En cada pared, un fresco a todo color de algún ingenuo artista desconocido, sin-

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

tetiza en un paisaje océanos y cordilleras, selvas y punas, cielos y tierra, desierto y oasis, hombres y animales, toda la diversidad peruana en unos metros cuadrados.

Al entrar nos encontramos con una escena sorprendente. En medio de la clientela local, sentadas a una mesa que tres autóctonos amables les han ofrecido compartir, dos de nuestras amigas, de las más elegantes y decorativas, están comiendo un cebiche con todo el pulcro refinamiento que las caracteriza. El sorprendente contraste nos corta la respiración y la palabra.

Nosotros somos cinco y nos toca aguardar hasta que una mesa quede libre. La diversidad de cataduras y el examen interesado de los manjares que se sirven nos distraen lo bastante para esperar sin desesperar durante más de media hora.

Entre tanto, he entablado conversación con cinco jayanes que comparten un enorme pescado en salsa, puesto en una gran fuente, con mariscos y otras cosas apetitosas. Media docena de botellas de cerveza vacías y otras por vaciar proclaman que los cinco comensales no han de morir de sed ni ahora ni en las próximas horas. Yo llevo mi gorra de pescador normando que tanta curiosidad suscita aquí y que ha provocado la socarronería disimulada a duras penas de mis interlocutores. Al hablarles, les hago comprender que yo, de gringo, nada; que entiendo lo que dicen y así les evito una desagradable metedura de pata. Como les caigo simpático, me comunican el nombre del plato que están comiendo y como les he ofrecido un cigarrillo de mi preciosa reserva personal que ha de durarme hasta el final del viaje si no quiero verme constreñido a fumar el horrible tabaco que fuman los demás, se comiden a pedirme otro y otro, hasta que les hago saber que se acabó lo que se daba porque he terminado el paquete, lo que no es verdad más que a medias.

Cuando podemos ocupar una mesa, nos apresuramos a pedir el mismo pescado que consumían nuestros vecinos y que nos parece tan sabroso como aparentaba.

Poco después, no queda en la fuente más que el triste esqueleto del animalito marino y algunas rebañaduras de la salsa que lo acompañaba. Es inútil pedir algún postre u otra gollería, porque no se sirve sino lo esencial y consistente. Lo que sí pedimos es la cuenta, y comprobamos que el banquete nos ha costado, todo incluido con bebida e impuestos, entre doce y quince francos franceses por comensal. Salimos satisfechos y encantados de nuestra experiencia miserabilista.

Al pasar delante de la estación del ferrocarril, que se sitúa en el centro, casi al lado del Palacio Presidencial, y que se llama de los Desamparados, lo que parece de mal agüero para los presuntos viajeros, impulsado por una necesidad natural que vengo refrenando desde hace largo tiempo porque no he querido examinar de cerca las instalaciones «ad hoc» de la Buena Muerte, me decido a entrar en el recinto ferroviario, que me inspira más confianza. Dos guardias, con la metralleta en ristre, controlan severamente el acceso a la estación y parecen rechazar a los que no justifican debidamente la pretensión de entrar en ella. Para inspirar confianza y tranquilizar a los cancerberos, pregunto a uno de ellos dónde está el lavabo. El hombre me contesta, huraño y desconfiado: «No entiendo lo que pregunta ¿Qué quiere decir eso de "lavabo"?»

— Es que quiero lavarme las manos, replico yo con una pudorosa perífrasis, digna de la pudibunda y gloriosa reina Victoria de Inglaterra.

— ¡Ah, bueno! El baño está al bajar la escalera, a mano izquierda —me dice el guardia echándose a un lado lleno de comprensión, para que pueda pasar y acceder al lugar reservado. Parece deducirse que las necesidades comunes disipan sospechas y hermanan a los hombres, hasta con matralleta y todo.

Desde ahora sé que las chicas de nuestro grupo, cuando se han gastado los soles del portamonedas y desean renovar la provisión, lo que tienen que buscar aquí no son los aseos ni los servicios sino el baño, ya que la operación, con las singulares

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

precauciones que han adoptado para disimular sus haberes, requiere un lugar retirado en que las intimidades se encuentren preservadas de fisgones.

La tarde pasa en zascandilear por calles y plazas curioseándolo todo. Por lo demás, el tiempo resulta corto, puesto que aquí, en pleno invierno, a las cinco y media ya está anocheciendo.

En el jirón de la Unión, calle peatonal donde se halla la conocida iglesia de la Merced, con toda clase de comercios, he visto deambular a dos señoras jóvenes, altas y espigadas, con botas militares, uniforme verde elegantemente cortado, correaje reluciente, revólver impresionante y esposas de acero al cinto, tocadas con un sombrero negro de muy buen gusto. Llevan en el cuello de la guerrera las iniciales G.C. entrelazadas de la misma manera que en España cuando se trata de la Guardia Civil. Yo les pregunto si pertenecen a dicho cuerpo, me admiro cuando contestan que sí y afirman estar en un plano de igualdad con sus compañeros masculinos; celebro debidamente esta muestra tan progresista de emancipación femenina, no igualada en muchos países europeos (en Francia nunca he visto a un solo gendarme que no fuera bigotudo, si no en la materialidad de la cosa, por lo menos en lo espiritual). Para terminar la conversación con una nota más personal, les digo (sin ninguna hipocresía) que están elegantísimas, que el uniforme les sienta divinamente y dejo entender discretamente que hasta sin el uniforme me parecerían preciosas las dos. Una de ellas escucha con el gesto severo que corresponde a un auténtico guardia civil, con pantalones o con faldas. El semblante de la otra deja adivinar un brillo de complacencia en los ojos; en sus labios hay una sombra de sonrisa que tiene mucho más de femenino que de marcial.

Yo me alejo ufano y contentísimo. Acabo de vivir un momento excepcional que no hubiera ni soñado hace unos minutos. Es la primera vez en mi vida (y probablemente será la única) en que se me ocurre galantear a una pareja de la Guardia Civil.

A la hora de cenar nos dirigimos a un restaurante que nos han recomendado con insistencia. Está a las antípodas de la Buena Muerte. No se trata de la Mala Vida, sino de «L'eau vive du Pérou», así como suena, en francés.

El establecimiento ocupa una bella mansión de tipo colonial. Allí todo es limpieza, orden, paz y armonía. Tres o cuatro esculturales muchachas sonrientes, con el cuerpo ceñido por un largo vestido multicolor que les llega hasta los pies y que pone de relieve el encanto de su esbelta silueta, atienden a los clientes con amabilidad exquisita. Una es africana, otra es asiática, la tercera viene de Oceanía. Son graciosas y elegantes, bellas cada una a su manera, dignas de figurar en el más selecto elenco de «girls» de revista prestigiosa o de cabaret de altos vuelos.

La lista de platos que se propone a los clientes corresponde a una refinada cocina francesa.

Hay en el local detalles de inspiración religiosa. Por uno de los amigos, sé que el establecimiento es una obra misionera. Esto me parece en contradicción con el lujo de este restaurante y con la elegante coquetería de un personal tan llamativo, difíciles de compaginar con lo ascético de la vida monacal.

Una señora madura, con gafas, de vestido poco llamativo, de rostro un tanto austero que podría ser el de una directora de estudios de colegio selecto, es la que lleva la batuta en esta casa.

Como nos ha oído pronunciar alguna frase en francés, se acerca a nuestra mesa. Es también francesa, del este, Alsacia o Lorena, y le encanta poder hablar en su lengua materna. Yo aprovecho la oportunidad para preguntarle cuál es el estatuto del establecimiento. No entiende bien la palabra «estatuto» y de momento imagina que le tiendo una celada malévola. Permanece unos instantes callada, vacilante y

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

acaba pidiéndome que le aclare la pregunta. Yo me esfuerzo en mostrarle que no llevo malas intenciones, que mis palabras son inocentes, sin malignidad. Entonces explica que ellas forman una comunidad religiosa de doce mujeres, pero que son seglares, ya que no han profesado ningún voto. Existen comunidades semejantes en otros lugares y los superiores de esta congregación se hallan en Roma. Aquí, ellas lo hacen todo, limpieza, compras, servicio, cocina, administración y demás. Ahora ha perdido la desconfianza inicial y habla con espontaneidad. En la conversación surge el tema del Perú y los peruanos, de los grandes extremos de miseria que nos han chocado tanto. Ella asiente y expone con pasión su manera de ver este asunto. Según ella, la miseria es el castigo del pecado, cada uno vive en la miseria que merece. Las mujeres peruanas, (de clase modesta, se entiende), son grandes pecadoras que tienen hijos con éste o con el otro. Los hombres con quienes se juntan las abandonan a cada dos por tres y ellas buscan inmediatamente un nuevo arrimo. Para nuestra interlocutora, la miseria del país no tiene otra causa. Para combatirla, ella y sus hermanas se esfuerzan por redimir al mayor número posible de esas mujeres, sacándolas del pecado y buscándoles un marido duradero para fundar una familia cristiana. Los beneficios del restaurante se consagran a esta empresa caritativa. En este momento, nos dice, están ayudando a un centenar de familias. A mí me parece que es ésta una santa caridad a la antigua usanza, caridad severa que juzga a los pobres desde lo alto, sin mansedumbres culpables ni benignidades contraproducentes, caridad de gente muy consciente de sus propios méritos y virtudes.

Desde este punto de vista, yo me explico ahora ciertos detalles oscuros de la economía europea. La clave del comercio floreciente es la ausencia de comercio carnal. La prosperidad, el auge industrial, el alto nivel de vida se deben a la continencia y a la castidad. En esto reside el secreto de nuestros ricos amigos escandinavos, alemanes, austriacos y suizos. ¡Qúe calladito se lo traían! ¡Y cuánto lo disimulan en su trato!

El contraste entre la riqueza de la puritana Inglaterra de la reina Victoria y los apuros de los desmadrados súbditos de Margaret Thatcher, es una perfecta ilustración de esta tesis.

Si a franceses, italianos y españoles nos van mal las cosas en este momento hay buenas razones para ello. Seamos serios, renunciemos a portarnos como unos pillines con las señoras y nuestros asuntos irán mejor. Dejemos el deleite para los pobres peruanos.

Según parece, si los apetitos son censurables, el apetito no lo es; si las satisfacciones de la alcoba son de lo más pecaminoso, las de la mesa son perfectamente inocentes: la cena que nos sirven es una cumbre de gastronomía delicada.

Terminada la comida y pagada una cuenta en proporción con las cumbres culinarias de que he hablado, la sobremesa se prolonga animadamente hasta que la señora directora solicita nuestra atención e invita a los que lo deseen a entonar con ella y con el resto del personal un Ave María en acción de gracias. Cierto es que el pan nuestro de cada día se ha presentado hoy bajo una forma que merece la gratitud de todos. La directora y sus exóticas compañeras tienen muy lindas voces y cantan como serafines. Los clientes que las acompañan, lo hacen con una modestia discreta que permite apreciar las excelencias del coro celestial. Los demás escuchamos con la debida compostura.

Tras esto viene la dispersión general. Yo me voy a la carrera hacia el hotel y me precipito en el lecho para dormir el sueño de los justos dominados por el cansancio.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

Domingo, 24 de julio

Segundo día de sol. Bajo la luz del astro rey, la impresión desoladora del primer día se va esfumando. «Los duelos, con sol son menos», diría yo, modificando el conocido refrán castellano que Correas cita ya en su Vocabulario de Refranes y frases proverbiales de 1627, en tres versiones distintas:

Los duelos, kon pan son buenos.
Los duelos, kon pan son menos.
Los duelos, kon pan se sienten menos

Perdónese la pedantería de la cita y de la transcripción literal: en algo se ha de conocer que somor gente muy leída.

Prosiguiendo el alarde de erudición, también citaré a Charles Aznavour, que en una de sus canciones considera más llevadera «la misère au soleil».

Las conferencias de esta mañana versan sobre las lenguas del Perú y el castellano de por acá. Como se ve, a pesar de lo dominical del día, no estamos aquí para perder el tiempo.

Cuando finaliza la sesión estudiosa, me dedico a pasear por las calles sin rumbo preciso. Al pasar por casualidad ante la plaza consagrada a Simón Bolivar, con la consiguiente estatua escuestre del Libertador, me encuentro ante una ceremonia cívica en honor del ilustre caudillo. Hoy se conmemora el segundo centenario de su nacimiento en 1783. La estatua está engalanada con magníficas coronas de flores, tropas de diversas armas en vistoso uniforme de gala están formadas en torno de la plaza; representantes de alguna organización patriótica popular, con ropas de vivos colores y numerosas banderas, completan el cuadro rutilante. En una tribuna empavesada a profusión un grupo de personajes oficiales escuchan a uno de ellos que pronuncia, ante el consabido micrófono, un discurso patriótico y político con todo el énfasis altisonante que el caso requiere. No presto atención a las palabras, tengo la impresión de que ya las he oído un montón de veces. Lo que me interesa es sacar unas fotos de este espectáculo inesperado.

En este domingo soleado, la circulación automóvil es menos densa que ayer. En cambio, los paseantes a pie hormiguean por todas partes. La contemplación de esta muchedumbre tan diversa y tan exótica es una distracción absorbente que hace pasar el día volando.

Al atardecer entramos en un café para refrescarnos. Un joven, sentado a una mesa vecina se levanta, se acerca y se dirige a uno de los nuestros:

—¿No me reconoce usted? El año pasado fui alumno suyo.

Nos dice que está en Lima para participar a una experiencia agrícola, durante dos meses, en una gran explotación, con otros jóvenes. Esta fórmula educativa está patrocinada por un organismo americano de inspiración religiosa, una de tantas iglesias que tan activas se muestran por todas partes, con sus escuelas y sus lugares de culto.

Este encuentro inesperado muestra una vez más lo pequeño que se está haciendo el mundo con el turismo de masas y los viajes aéreos.

Un poco más tarde, me acerco a un corro de curiosos de los que abundan hoy por calles y plazas, atraído por el concierto de unos músicos ambulantes. Su repertorio es el folklore peruano y la interpretación es muy aceptable. Súbitamente, un fuerte tirón en la muñeca me saca de mi arrobo. Cuando quiero darme cuenta, no hay en torno de mí más que la muchedumbre anónima cuya atención se concentra en los artistas. El reloj que me han querido arrancar sigue en su sitio. La buena pulsera elástica de acero ha resistido al tironazo y el ratero prudente no ha insistido en

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

su tentativa. El incidente me recuerda oportunamente que no hay que descuidarse ni un instante.

Con esto ha llegado el momento de recogerse. Es lo que hago sin vacilar y sin más incidente digno de mención.

Lunes, 25 de julio.

El sol ha desparecido. Lima ha recobrado el aspecto invernal acostumbrado, el aspecto triste y brumoso del primer día. Sin embargo, a pesar de este invierno oficial en pleno mes de agosto que tanto me impresiona, he de notar que al vestirme esta mañana con arreglo a la temperatura exterior, me he puesto las prendas que suelo ponerme en mi casa en una mañana veraniega sin sol, ni más ni menos. Y es que el termómetro debe indicar una temperatura de veintiún grados centígrados.

La conferencia de hoy trata de arqueología andina, desde los tiempos más remotos hasta la etapa inca. Como en el caso de México con los aztecas, lo que para los no especialistas evoca un inmenso período, el imperio de los incas representa en realidad una época limitada, mucho más próxima de lo que se piensa. La civilización incaica se sitúa en el siglo o siglo y medio que precedió a la conquista.

También se nos habla de literatura peruana. El doctor Antonio Cornejo Polar presenta un interesante panorama literario. Cornejo Polar, académico peruano, se ha encargado de la organización de los aspectos culturales de nuestro congreso. Durante nuestra estancia lo encontraremos repetidas veces, constantemente afable, cordial y activo. Es hombre que inspira simpatía, todos lo hemos de recordar con amistad.

Terminadas las conferencias, me parece que ha llegado la hora de pensar en las cartas y postales que he escrito y que tengo que franquear. En la recepción del hotel han procurado algunas estampillas a los más madrugadores, pero tenían pocas y se han agotado.

El problema del franqueo postal se presenta bajo formas muy diversas según las latitudes. En los países *verdaderamente* civilizados, es decir, en España y en Francia, hay estancos donde se adquiere todo lo necesario para fumar cuando se fuma, amén de un montón de artículos diversos. Estos estancos se encargan obligatoriamente de la venta de sellos. En los demás países de Europa, las cosas se presentan menos claras según parece, pero de una manera o de otra, las cartas se franquean. En Méjico, ya tuve dificultades mayúsculas en este dominio. Aquí, en Lima, yo no veo más solución que la de ir a la Administración central de Correos, que tiene la ventaja de estar bastante cerca del hotel. Es un inmenso edificio con innumerables salas, pasillos, galerías y dependencias por donde la gente hormiguea. En las galerías hay infinidad de puestos en que se venden tarjetas postales, sobres, carteles, estampas y otros artículos conexos.

En este laberinto, después de mucho buscar e interrogar, llego por fin a una sala larguísima con muchísimas puertas que dan a la galería de los vendedores de postales. A lo largo de la sala, un mostrador con un número considerable de ventanillas ante cada una de las cuales hay una larga cola de usuarios. Todas esas ventanillas están consagradas al franqueo postal. Yo me pongo en la cola que me parece menos asediada. Cuando llega mi vez y pido las estampillas que necesito, la empleada me hace saber que ella franquea a máquina e imprime el franqueo en sobres, postales y paquetes. Yo he dejado mi correspondencia en el hotel, necesito sellos de esos que presentan una imagen multicolor de flores, frutos, animales, monumentos, paisajes, personajes famosos, técnicas avanzadas, símbolos variados, todo lo que los servicios postales imprimen en beneficio de los filatelistas del mundo entero; sellos

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

de los que se lamen cuidadosamente antes de pegarlos como es debido en el lugar adecuado.

Esos sellos, me dicen, sólo se encuentran en la ventanilla número 15. Las demás franquean a máquina. Me dirijo pues a la ventanilla número 15, que se encuentra entre la 14 y la 16, lo que es plenamente satisfactorio para un espíritu lógico como el mío. Otra satisfacción es que la ventanilla número 15 es la única ante la que no hay cola. Lo que ya es menos satisfactorio es que tampoco hay nadie al otro lado de la ventanilla. La empleada de la ventanilla vecina me informa de que la funcionaria que me interesa no está, ha salido hace un momento. Además, y de todos modos, tampoco ella me vendería las apetecidas estampillas poque no hay por ahora.

Ante argumentos de tanto peso, no me queda más remedio que renunciar provisionalmente a mis proyectos. Tendré que volver para que me sellen a máquina. Ahora me toca reunirme con los amigos e ir a comer, que ya es hora.

Formamos un grupo alegre y cosmopolita. Hemos decidido ir a uno de los restaurantes más prestigiosos de Lima, hemos reservado una gran mesa por teléfono. «Trece Monedas» es el nombre del establecimiento, citado en términos elogiosos por todas las guías turísticas, desde la respetable «Guide Bleu» hasta la desenfadada «Guía del Trotamundos».

El local es de lo más refinado en el ambiente criollo y colonial: los patios, los comedores, la cocina que se puede examinar sin dificultad, el decorado, todo forma un conjunto armonioso, apacible, elegante, de un tipismo de buen gusto.

Yo he pedido para empezar, el famoso «chupe de camarones», uno de los florones gastronómicos de la casa. He de reconocer que la fama no es usurpada. Se trata de una sopa de tipo marinero en que el elemento sólido vecina con el elemento líquido. Está riquísima, con una sutilidad excepcional de sabores y aromas exquisitamente hermanados. Estoy encantado, pero mis vecinos también están satisfechos de su elección respectiva. Me ofrecen un bocado de su plato y he de confesar que cada uno de ellos es delicioso a su manera.

Con las satisfacciones gustativas y el buen vino, la comida resulta de las más agradables y animadas.

Como se ha podido observar, he hablado repetidas veces (y no es imposible que reincida en ello) de comidas y restaurantes. Eso no quiere decir para nada que yo sea fanático de la gastronomía o que el pecado de la gula haya de pesar de manera determinante en mi condena eterna. Me siento muy ecléctico. Sé apreciar una buena comida, pero las verduras cocidas, el huevo duro y el yogur natural con agua fresca me satisfacen cumplidamente. Si aludo con frecuencia a los placeres de la mesa es porque en el Perú la cocina ofrece exquisiteces dignas de aprecio. El pescado y todo lo que viene del Pacífico se prepara de mil maneras apetitosas, las salsas son excelentes, las sopas gustosísimas; cebiches, chupes, salpicones, sancochados, asados, anticuchos y un largo etcétera merecen la mayor consideración. No es de extrañar que, de vez en cuando, la pluma se deje arrastrar en pos de placenteros recuerdos.

Como somos gente equilibrada, después de lo material viene lo espiritual; después del restaurante, el museo. Esta vez se trata del Museo Larco Herrera, en donde se expone una aplastante colección de la más rica y diversa alfarería precolonial. Algunas de las salas consisten en alineamientos apretados de altas vitrinas con estanterías atiborradas de recipientes, cacharros, vasijas del más refinado arte cerámico y alferero, en cantidad fabulosa; de tal manera que el visitante olvida que se encuentra en un museo e imagina visitar las reservas de un importante mayorista excepcionalmente bien surtidas.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

Lo más conocido y visitado del museo es la sala de huacos eróticos, vasijas adornadas con escenas de lo más expresivo que cabe imaginar, en que intervienen uno, dos y hasta tres personajes.

Una señora bastante mayor, de aspecto triste y austero que contrasta con lo que se expone, vigila la sala con una visible resignación ante las risitas, las risotadas, las exclamaciones y los comentarios de los visitantes.

Aquí se pueden contemplar representaciones, patentemente exageradísimas, de entusiasmos viriles que ponen en evidencia lo que en realidad no es más que el talón de Aquiles de la masculinidad.

En otros casos, grupos de dos o tres protagonistas muestran todo lo que se puede hacer en determinadas circunstancias, prueban que la gente de aquellas civilizaciones y culturas se las sabían todas, que en este campo de actividades el progreso parece nulo. Según la tesis de la señora misionera de «L'eau vive de Pérou», si los peruanos de antes de Colón hubieran vivido en la miseria más espantosa se lo tenían muy merecido, se lo habían ganado a pulso, si cabe la expresión.

La impresión general es que el machismo era la regla, que lo esencial, por todos los medios era la satisfacción del hombre. Excepcionalmente, una o dos parejitas muy amarteladas indican que el caballero se interesa de cerca por la satisfacción de la dama, sin egoísmo exclusivista.

Tanto para ir al museo como para volver hemos tomado un taxi, después del consabido regateo. En estas circunstancias, me gusta sentarme al lado del conductor, lo que me permite entablar conversación con él. Los taxistas suelen ser amigos de charlar durante el trayecto, cuando se les da pie para ello. Sin esto, saben muy bien que su oficio requiere reserva y discreción y guardan el silencio más prudente. Yo he adoptado un procedimiento que me da muy buenos resultados para pegar la hebra con estos honestos artesanos del transporte. La inocente triquiñuela consiste en ponderar las dificultades del tráfico y las del oficio. Tras ello ya es cosa segura que hasta el final de la carrera se hablará cordialmente de los asuntos más diversos sin un instante de silencio.

A la ida mi interlocutor, entre otros muchos puntos, me pregunta cómo van las cosas en Francia con Mitterrand. Yo tengo que hacer un gran esfuerzo de reflexión para sintetizar la situación de la manera más completa y objetiva y para satisfacer la laudable curiosidad de este hombre. Algo más tarde me afirma que el francés le parece difícil, a pesar de que «deriva del latín como el castellano». Yo dudo para mis adentros que haya en mi ciudad taxistas que conozcan el nombre de Belaunde Terry o que tengan informaciones particulares de carácter filológico.

A la vuelta, otro taxista me habla de la situación económica y política de su país, no parece satisfecho del gobierno actual y opina que el gobierno militar del general Velasco era mejor, opinión que mi interlocutor precedente compartía también. Esto no significa que la corporación esté orientada masivamente hacia las ideas izquierdistas. Un tercer taxista me decía otro día que la política era fuente de todos los males, que lo importante era ganarse la vida sin meterse en dibujos ni en camisas de once varas. Otro me habló exclusivamente de su hijito menor, prodigio de inteligencia precoz, que con sus dos años y medio le decía últimamente: «Papito, tú que ganas la plata para comprar carne, tienes que cuidarte bien y cuidar el carro». El buen hombre se prometía un porvernir radiante con tal hijo. Pero, generalmente, si he sabido interpretar bien las cosas, lo que prevalece es el taxista comprometido.

Y lo que más domina, tanto entre los taxistas como en todos los peruanos que he podido encontrar es un inmenso orgullo patriótico. Pocos son los que no interrogan al interlocutor extranjero sobre la impresión que les causa el Perú y la ufana

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

satisfacción de cada uno es indecible cuando la respuesta es tan laudatoria como cabe esperar en estos casos.

A la hora de cenar voy a un chifa, restaurante chino de los que tanto abundan. Lo único chino de este chifa soy yo, que me he dejado engañar por el nombre y las apariencias como un verdadero hijo del celeste imperio. La comida que nos sirven es tan incolora como inolora e insabora (¡que la Academia me perdone!).

Martes, 26 de julio

Otro día de cielo gris. La conferencia de hoy no es en el hotel, sino en un auditorio de Miraflores, uno de los barrios elegantes de la ciudad, al que nos llevan en autobús.

Durante el trayecto observo todo lo que desfila ante mis ojos, calles, gente, construcciones, solares, espectáculo cambiante y con frecuencia sorprendente.

En una tapia han pintado una inscripción con «spray»: *Libérez-vous!,* que me deja lleno de confusión. ¿A qué muchedumbres francoparlantes de siervos oprimidos se dirige el llamamiento? ¿Quién será el anónimo tribuno? ¿Cuánto tiempo de sus vacaciones exóticas habrá consagrado a la redención de las masas avasalladas? Me parece que una inscripción como ésa traduce una fenomenal inconsciencia, una falta total de sensatez y de pudor. Lo que más me desazona es que el redentor de galeotes no se haya expresado en inglés, en italiano, en alemán o en sueco. Bien es verdad que suizos, belgas y canadienses también se expresan en francés y esto me sirve de consuelo.

Algo más lejos, otra inscripción de fuente sin duda más oficial pero de tono no menos conminatorio prescribe: «No echar basura so pena de arresto y golpiza». El aviso parece lo bastante contundente para obtener el resultado apetecido, pero el amontonamiento de desperdicios en las inmediaciones del amenazador letrero muestra a las claras que la gente no lee los avisos que se le dirigen o que los interpreta como meras figuras de retórica.

En un solar cubierto de instalaciones industriales, un enorme cilindro metálico en el que se indica que se trata de un *reservorio* de varios miles de metros cúbicos me hace pensar que no soy el único en inventarme palabritas de vez en cuando.

Y puesto ya a notar particularidades de expresión, digamos que por acá no se dice más que fierro, que se pide permisito para hacer bien bonito bien hecho alguna cosa, que se enamora a la llama cuando se le habla suave para vencer sus proverbiales reticencias, que los cerdos son chanchos y el aguacate es palta, que el Jirón de la Unión es peatonal, que mi hotel está a unas cuadras de la Plaza de Armas, que los cuyes son conejillos de Indias, que las llantas Goodyear o Michelin son conocidas en el mundo entero y estallan menos que las de otras marcas, que cuando se malogra el carro urge encontrar un mecánico competente que sepa repararlo, que los soles de oro son mugrientos billetes y que la libra vale diez soles, que un nevado es una formación glaciar, que en una Kepisería se compran gorras y otros tocados. Con estas expresiones y algunas más uno posee el equipo lingüístico suficiente para pasar por peruano de pura cepa.

En el auditorio de Miraflores al que llegamos por fin, nos espera el conferenciante, antropólogo y profesor de San Marcos, director del Centro de Estudios Folklóricos de la Universidad. Nos expone rápidamente un completo panorama del folklore peruano, andino y costeño, tanto del norte como del sur e inmediatamente presenta la ilustración práctica de lo expuesto a través de la actuación de músicos, cantantes y danzantes que ejecutan brillantemente las más diversas tonadas, cancio-

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

nes y danzas populares. La virtuosidad de los ejecutantes, las ropas multicolores, la variedad de ritmos nos encantan y hacen pasar el tiempo volando.

A la hora de la comida en un restaurante gauchesco, el «Baby Beef», que me sirven en la parrilla puesta sobre las ascuas de un hornillo portátil, me plantea un problema de interpretación. Lo de baby no lo acabo de entender. La enormidad del objeto parece incompatible con lo diminuto de la infancia. Baby no se refiere pues a las dimensiones. Y si alude a la edad, tampoco estoy de acuerdo: lo que me estoy comiendo no tiene nada que ver con la ternera, se trata indudablemente de un buey confirmado, por joven que fuera; esto es realidad tangible y masticable. Yo, a este plato lo hubiera bautizado «gigantic beef», lo que hubiera sido más exacto. A lo mejor, lo de baby tiene un toque psicoanalítico destinado a cosquillear el complejo del ogro comeniños que tal vez haya en todo espíritu humano.

Algo más tarde, la visita al Museo del Oro del Perú nos llena de admiración, no tanto por la riqueza de las piezas que se exponen como por el primor y el refinamiento de las civilizaciones extintas en el arte de la orfebrería. Las que más disfrutan durante la visita son nuestras compañeras, que no sólo se encuentran en un prestigioso museo, sino que tienen la excitante impresión de andar de tiendas, de curiosear ante los escaparates de los Cartier y Van Cleef et Arpels del remoto pasado.

Cuando salimos a la calle, nos damos cuenta de que no sólo estamos muy alejados del centro, sino que por acá no pasa nadie, ni taxis ni colectivos, que nos espera una interminable caminata antes de llegar a lugares menos desiertos.

Uno de nosotros, el de la risa más tonitruante y comunicativa, nos anima con sus cuchufletas y sus ocurrencias. Cada vez que pasa uno de los pocos carros que circulan por aquí, lujosos caros de barrio rico, hace el ademán internacional del autoestopista, sin la menor convicción, acompañando el gesto con divertidos comentarios. Hay que sostener los ánimos decaídos. Esta vez, el ademán se dirige al conductor de un enorme autobús de severo color gris oscuro, enteramente vacío. Según lo que rezan las correspondientes inscripciones, se trata de un vehículo del Ministerio de la Marina-Servicio Naval ¡Oh increíble sorpresa! El autobús se detiene y el conductor se informa de nuestros deseos. Si nos pudiera llevar a un lugar más concurrido por donde circulan taxis y colectivos, nos prestaría un señalado servicio, porque entre nosotros hay señoras que van cansadísimas; ya se sabe, con los tacones altos... decimos con mucha timidez y poca esperanza. El conductor no vacila un instante y nos invita sobriamente a acomodarnos. Pregunta a dónde pretendemos ir y, sin más, pone en marcha su camión. Me divierte la situación insólita, al pensar que sin saberlo, el señor Ministro de la Marina peruana nos transporta amablemente por la calles de la capital. Pero pronto siento brotar en mí un sentimiento de inquietud con sus puntas y collar de angustia. El itinerario que vamos recorriendo se hace cada vez más suburbial y ahora rodamos por una autopista cuyas señales de tráfico indican un rumbo costero que nos aleja de Lima hacia el norte, hacia Trujillo. Parece evidente que no vamos al centro de la ciudad. Yo tengo probablemente una imaginación más novelesca de lo que creo y empiezo a pensar que el servicial y lacónico conductor nos está raptando, que tal vez nos lleva a una guarida de forajidos que nos esperan para desvalijarnos o hacia una partida de guerrilleros secuestradores que pedirá por nostros un fabuloso rescate. He leído estos días en los titulares de la prensa y he oído contar cosas espeluznantes que acreditan la verosimilitud de lo que estoy pensando para mis adentros. Claro que no digo nada a mis confiados compañeros de infortunio, que no parecen compartir mis inquietudes, pero voy ojo avizor, dispuesto a hacer frente con sangre fría a lo que se presente. Mis aprensiones no se confirman. Tomamos una salida de la autopista y circulamos por

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

los miserables arrabales que rodean a la ciudad. Poco después, vamos por calles más urbanas y empiezo a reconocer lugares por donde ya he pasado en días anteriores. Por último, el paisaje se hace familiar, estamos llegando a las inmediaciones de la Plaza de Armas que es nuestra meta. El conductor no es un malvado que meditaba nuestra pérdida, sino un honrado empleado del Ministerio de la Marina que se está ganando unos soles de estraperlo con la gasolina del Estado. Nos separamos mutuamente satisfechos. Nosotros por la singularidad de nuestro pintoresco transporte (y yo particularmente por el feliz desenlace del drama forjado en mi mente calenturienta). El chófer por los billetitos de mil que ha embolsado y que representan lo que habríamos gastado en taxis o en colectivos por la misma carrera.

El extraño itinerario que hemos recorrido y que tanto me ha dado que pensar era, indudablemente el más racional y el más corto en la extraña topografía urbana de Lima.

Sin más incidente ni particularidad digna de mención llega la hora de la recogida y el reposo nocturno. Mañana salimos de Lima.

Miércoles, 27 de julio

Los transportes aéreos y las agencias de viajes tienen exigencias extravagantes. Esta mañana nos tenemos que despertar a las cuatro, sacar el equipaje al pasillo media hora después y salir para el aeropuerto a las cinco y media. Todo ello para llegar a Cuzco en un vuelo de una hora poco más o menos. El despegue se efectúa algo después de las siete y a las ocho y cuarto ya estamos desembarcando. Tres largas horas de preparativos para una hora corta de viaje.

En el aeropuerto, el guía nos pide que nos pongamos en fila india para acceder a la sala de embarque. Me extraña la expresión en este país en que las distinciones raciales tienen cierto peso. Si fueran consecuentes, al lado de la fila india habría otras: la fila chola, la fila criolla, y por qué no, la fila gringa. Con ello se evitarían promiscuidades, tan desagradables para algunos.

Durante el traslado al aeropuerto, en el autobús, pienso en el pintoresco viajecito de ayer, mientras examino el paisaje urbano que vamos recorriendo. En este momento me parece empezar a ver claro en la confusión que hasta ahora ha representado la aglomeración limeña.

Como se ha podido adivinar en las páginas que anteceden, Lima me ha decepcionado cruelmente. Para mí, Lima es un nombre evocador, sonoro y armonioso que me ha hecho soñar en un paraíso tropical de jardines y flores, de parques y alamedas, con árboles copudos de hojas tupidas y lozanas, bajo un sol majestuoso y un cielo puro, de mansiones luminosas y ventiladas en que se vive una vida criolla de languidez y despreocupación. La realidad no tiene nada que ver con el sueño. Lima es una ciudad polvorienta y gris, de colores fríos y apagados, en donde la sordidez y la miseria se exhiben sin pudor. Lima es un caos urbano. El corazón de la ciudad, que tiene dos polos, la Plaza de Armas para el sector más antiguo con trazas coloniales y la Plaza San Martín para la parte más modernista, se encuentra separado por largas distancias de los demás núcleos urbanos, Miraflores, Chorrillos, San Isidro, Pueblo Libre, el Callao, etcétera. Entre esos núcleos ciudadanos, el descampado, la zona industrial, el suburbio. Lima es un archipiélago de islotes urbanizados en un mar suburbial. Salvo en los barrios lujosos y las casas ricas, la construcción es de una monotonía consternante, inspirada en la choza primitiva: cubos o paralelepípedos más o menos acabados y de materiales más bien modestos, con poco esfuerzo de imaginación creadora. En los cerros que rodean la capital, el hacinamiento miserable de los pueblos jóvenes, cuyos tantáculos se insinúan a veces en el

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

interior de la ciudad. En los descampados, innumerables cobijos no más espaciosos que tiendas de campaña, de esteras y cañizos (el adobe y el zinc ondulado ya son lujos babilónicos), habitados o sin habitar, se extienden hasta perderse de vista y se prolongan durante kilómetros y kilómetros. En algunos lugares se apiñan, los materiales se hacen menos deleznables y surge en la llanura un pueblo joven más.

La impresión general es descorazonadora. Sólo se atenúa cuando el sol se muestra o cuando uno se pasea a pie por uno de los barrios privilegiados, apacibles y armoniosos, asediados por la miseria y la sordidez. Naturalmente, todo lo que antecede no refleja más que una visión subjetiva y circunstancial, pero me parece que hay en ella una parte innegable de realidad objetiva.

El viaje a Cuzco se hace sobrevolando un mar de nubes por encima de las cuales emergen, como grandes islas oscuras, las cumbres andinas. Es extraordinario e impresionante. Cuando desembarcamos, las nubes han desaparecido y en el cielo azul brilla un sol ardoroso, a pesar de que no son más que las ocho y cuarto. El aire es puro, ligero, se respira su frescura con delicia. Pero yo no olvido mis lecturas, sé que estoy a tres mil cuatrocientos metros de altura, que el soroche nos acecha a todos en todo momento, que esta dolencia de las alturas tiene formas imprevisibles y en algunos casos sumamente violentas. Por esto, lamentando la carga que constituye mi bolso de viaje, más voluminoso y lleno de lo que fuera conveniente, cruzo el aeropuerto con paso majestuoso y me muevo con mucha precaución, como en esas escenas cinematográficas en que los personajes parecen planear cuando se caen o acariciarse muellemente cuando se aporrean de lo lindo. Me acomodo calmosamente en el autobús, me dejo llevar tranquilamente al hotel, me instalo con mucha parsimonia en la habitación. Me parece que siento cierta opresión en las sienes y me digo que tras tantos esfuerzos, me conviene aplicar la prescripción que he leído repetidas veces; al llegar a un lugar tan elevado, vale más acostarse varias horas para aclimatar el cuerpo. Es lo que hago sin el menor remordimiento. Allá ellos, los imprudentes que, impulsados por la curiosidad, se lanzan a la calle para un paseo exploratorio en cuanto han abierto las maletas; yo soy más precavido.

Durante el viaje de esta mañana se ha hablado mucho de bicicleta, que es el nombre que aquí se da a lo que en Méjico se designa con la apelación de venganza de Moctezuma, molesto desarreglo intestinal, plaga de viajes exóticos. Según parece, hay entre nosotros en este momento muy buenos ciclistas, dignos de figurar en la vuelta a Francia que se está desarrollando ahora.

Al salir del hotel por la tarde, después de un reposo reparador y una comida ligera, con el mismo paso mesurado y la misma economía de ademanes de por la mañana, me doy cuenta de que los esfuerzos son verdaderamente nefastos aquí. Subir una calle empinada acelera respiración y ritmo cardiaco, pesa en las piernas. La prudencia se impone, los efectos de la altitud no son ninguna leyenda. Lo prueba la sensación de opresión de la cabeza, siempre latente.

También observo lo que ya me ha parecido notar esta mañana. Cuzco es una ciudad que tiene un carácter marcado, no hay en ella los aspectos sórdidos o caóticos de Lima. Es una ciudad sin modernismos estridentes, una vieja ciudad provinciana sin duda, pero de aspecto noble, de tipismo armonioso, una ciudad que no hiela el corazón. El cielo aquí es azul, el sol brilla y cuando aparecen las nubes, son buenas y francas nubes, no harapos mugrientos y rastreros de brumas tristemente sucias.

En mi primera salida, me dirijo a la Plaza de Armas, a la catedral y a la iglesia de la Compañía. Hay muchos paseantes como yo y en el centro de la plaza hay gran concurso de gente en torno a un payaso o saltabanco como los he visto en Lima o los he de volver a ver a menudo. Con sus chanzas y sus contorsiones suelen

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

atraer a mucho público del que solicitan una contribución generosa para sufragar el espectáculo que ofrecen. He visto en Lima una verdadera escena de novela picaresca, un grupo de estos payasos formado exclusivamente por cuatro o cinco muchachitos, el mayor de los cuales no tendría más de once o doce años. No eran de los que tenían menos éxito y recaudaban buenos dineros de los espectadores.

El de hoy va vestido grotescamente de Tio Sam. Empieza a pronunciar un parlamento dirigido a cierto señor, designado con apodos burlescos e irreverentes, diciendo: «Tú que estás en lo alto... sentado un poco más a la derecha que a la izquierda...». El público ríe, contentísimo de entender tan bien las indirectas y las alusiones maliciosas del orador. Este prosigue, enumerando en larga letanía lo que había antes y lo que hay hoy. «Antes había pan. Ahora, cuando los militares salen a la calle hay ¡pan, pan, pan!» Cada una de las ocurrencias es acogida con admiración complacida, celebrada con risotadas y aplausos. A mí me parece que este payaso es otra cosa de lo que aparenta. Está efectuando una eficaz tarea de propaganda en la que el Gobierno y la línea política actuales quedan muy mal parados.

Prosigo mi paseo por una calle invadida por vendedores que proponen a los paseantes toda suerte de mercanderías, productos de artesanía por lo general. Muchos de mis compañeros merodean por aquí y se interesan de cerca por lo que se les ofrece.

En el hotel, a la hora de cenar, cada uno exhibe las adquisiciones del día que todos admiran. Se comentan animadamente los regateos, las rebajas obtenidas. Todos están contentos con sus compras y un tanto envidiosos de la habilidad comercial de los demás. Lo único que se lamenta es la premura del tiempo que ha impedido visitar tal o cual taller conocido o no ha permitido encontrar éste o el otro de los artículos que figuran en la lista de compras indispensables que cada uno se ha fijado.

La idea de que mañana tenemos otro madrugón en perspectiva pone punto final a tantos comentarios y conversaciones.

Jueves, 28 de julio

El despertar de hoy es a las cinco y cuarto. Tenemos que salir en tren a las siete de la mañana para la visita de Machu Picchu. El ferrocarril es el único medio de acceso a este prestigioso lugar y sólo hay dos salidas por la mañana: un tren que transporta a la «especie inferior», los indios de la pampa de Anta, del valle del Urubamba, de Quillabamba, término de la línea, más allá de Machu Picchu, y otro convoy «de turistas», reservado a la gente de esencia superior, gringos y asimilados que peregrinan hacia la misteriosa ciudad incaica en un anhelo de superación cultural, estética y hasta metafísica. Nosotros pertenecemos, obligatoriamente, a la segunda categoría, pero me parece que lo que nos impulsa se sitúa en el plano menos exaltado de la información profesional. El Perú y lo hispanoamericano pertenecen al campo de nuestra actividad cotidiana. Ver y tratar de comprender es una verdadera necesidad para la gente de nuestro grupo. Lo emocional viene después, surge de manera natural, como consecuencia y no como objetivo. Lo que digo me parece perfectamente exacto, pero, tal vez, no es más que una tentativa para disociarnos del rebaño turístico, de su papanatismo gregario.

A la salida de Cuzco, el tren de Machu Picchu no se porta como un tren ordinario. Tiene que salir del amplio valle en que se asienta la ciudad y trasponer los cerros que la rodean, antes de correr por la pampa de Anta y penetrar en el estrecho valle del Urubamba, que lo conducirá a su destino. Para ello ha adoptado un método absolutamente singular. Cuando la ascensión empieza, el tren corre durante

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

unos centenares de metros por una vía que le permite elevarse con relación al punto de salida. Al final de este primer trayecto ascensional, el tren se detiene un instante antes de reanudar la marcha en sentido inverso, como si retrocediera, pero un sistema de agujas lo ha situado en otro tramo empinado de vía que le permite elevarse un tanto más. Este ir y venir incesante se repite muchísimas veces en una ascensión zigzagueante, hasta que se llega al punto más elevado del cerro. Desde allí, se adopta una actitud convencional y se avanza hasta el término del viaje, como lo hacen los trenes normales y ortodoxos.

El viaje dura algo menos de cuatro horas, durante las cuales el paisaje solicita la curiosidad del viajero. De vez en cuando, mujeres y niños al borde de la vía hacen grandes ademanes de saludo y nos sonríen amistosamente. La repetición cotidiana del espectáculo no ha embotado el interés que provoca en esta gente ingenua y cordial.

Con nosotros viaja un grupo de colegialas de Cuzco. No sé si su colegio depende de una institución francesa, pero el francés es en él un elemento importante de la educación. Las chicas nos hablan con encantadora espontaneidad, nos acribillan de preguntas y acaban solicitando un favor insigne: que les enseñemos la letra de la Marsellesa, que ellas conocen, pero mal. En la lección de canto que sigue a la petición, yo me limito al papel de testigo sonriente: mis capacidades en el arte lírico son demasiado catastróficas para permitirme otra cosa. Pero no faltan buenas voluntades que se aúnan para subsanar los fallos de memoria de unos u otros y, entre todos, el himno nacional se va precisando. Las chicas escuchan con loable aplicación e intervienen en el canto a medida que asimilan algunos versos. La pronunciación da lugar a rectificaciones laboriosas, pero, al final, la lección resulta satisfactoria tanto para los maestros como para los discípulos. El intermedio musical nos ha divertido y ha creado en el coche un ambiente de cordial alegría, que hace parecer más breve el largo viaje.

Otros intermedios se producen cada vez que el tren se detiene en las estaciones del trayecto, con la turba de vendedores instalados a ambos lados de la vía. A pesar de la premura del tiempo, no faltan transacciones, que se entablan y se llevan felizmente a término; con ellas la impedimenta de algunos va tomando proporciones considerables.

Cuando llegamos a la estación de Machu Picchu, los iniciados se precipitan a la salida y forman una cola compacta. Yo, con la parquedad de movimientos y la limitación de velocidad que he adoptado en Cuzco, me encuentro entre los últimos. Esto corresponde, por lo demás, con mis principios de siempre. Me revienta la turbamulta de los que quieren ser los primeros en entrar o en salir, en subir o en bajar. Yo sé que, sin empujones ni pisoteos, sin estrujones ni codazos, ha de llegar mi vez y he de encontrar el sitio que me corresponde o alcanzar la meta propuesta.

Esta vez, los impacientes tienen sus buenas razones. Se trata de tomar asiento en uno de esos miniautobuses que, en número de ocho o diez, en grupos de veinte por viaje, transportan a los visitantes hasta las alturas en que se halla la entrada de Machu Picchu desde el fondo del valle donde se encuentra la estación del ferrocarril. Como el regreso se efectúa a hora fija, cuanto antes se llega de más tiempo se dispone para la comida y la visita. Esto no lo tenía yo calculado, lo que me obligará a adoptar, más tarde, el ritmo acelerado del paso de carga.

Durante la espera, observo en unos arbolillos cubiertos de flores la zarabanda de unos gordos insectos que liban el polen. Son de la talla de mi dedo pulgar. Fijándome bien, me doy cuenta de que los tales insectos no son sino picaflores, esos colibríes que, hasta ahora, no conocía más que de nombre y que vuelan ante mis ojos,

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

tan próximos como los vulgares gorriones de mi jardín. En la selva amazónica veré por segunda vez este espectáculo, que ahora me encanta.

Describir las alturas de Machu Picchu es tarea de la que no quiero encargarme, por lo ridículo que sería tal pretensión. Otros lo han hecho, y no soy yo quien les enmiende la plana.

Sólo diré que la visita es entusiasmante, que la realidad no desluce para nada lo que se esperaba. Gigantesco el paisaje, gigantescas las ruinas, gigantescos los fabulosos bloques de piedra y no menos titánico el esfuerzo humano que se inscribe en este lugar privilegiado. Cuando se emprende el regreso, uno se siente en un estado de total euforia espiritual.

En el momento de salir para la estación hay un grupo de niños al lado de nuestro vehículo. Uno de ellos se adelanta hacia nosotros, se yergue con los brazos en alto y lanza un estridente ¡viva! que nos perfora los tímpanos. Cuando el carro arranca, el niño lo sigue corriendo y repitiendo su grito durante un corto trecho; luego, desaparece. El autobús desciende hasta la primera curva cerrada de esta carretera en zigzag. Entonces, oímos de nuevo el tonitruante grito y el niño cruza la carretera como una exhalación. La escena se repite obsesivamente a cada tramo de la bajada. Cuando llegamos a la explanada al lado de la estación, el niño, sudoroso, congestionado, anhelante, nos espera ante la portezuela con una botella de agua en la mano, de la que bebe ávidamente. Cada uno echa mano al bolsillo para recompensar dignamente la estupenda proeza deportiva de este chico, que no tendrá más de diez o doce años y que se ha precipitado por la vertiginosa pendiente, a través de la maleza, para llegar antes que nosotros. Cuando nos alejamos, el muchachito está subiendo al autobús para regresar al punto de partida y repetir la hazaña ante otro grupo de visitantes.

De regreso a Cuzco, la gente se dispersa para entregarse con frenesí a las delicias de las compras y los regateos. Se entra en una tienda, se examinan las existencias, se cotejan los precios, se consulta con los amigos, se entra en la tienda vecina, se regresa a la primera, se vacila, se reflexiona, se ofrece un precio, se obtiene una rebaja. Para terminar, uno se encuentra en la calle con un voluminoso paquete que contiene la chompa (chaleco de punto) que se deseaba adquirir para hacer un regalo, pero en el paquete hay también el magnífico poncho que, según los acompañantes, le sienta a uno tan divinamente, unos chullos para los niños, unos pares de guantes de alpaca baratísimos y, sobre todo, el maravilloso tapiz de delicados colores y de extraordinarios motivos preincaicos, que lucirá tanto en la sala de estar.

La operación se repite en la joyería de al lado, en cuyo escaparate se ha colocado la bonita sortija que tanta ilusión ha de causar a la sobrinita de Marsella y de la que se sale con la sortija, el collar que hace juego con ella, un par de pulseras estupendas, unos pendientes de muy buen gusto y unos llaveros que permitirán quedar bien con algún amigo olvidado.

En este capítulo hay un detalle que me choca de verdad. Ya he podido darme cuenta de que el prestigio del dólar es absoluto en este país. «Míster, dame un dólar», me han gritado unos niños más de una vez. «Dollars welcome», proclaman los cambistas. La empleada de correos que no pudo venderme sellos en Lima me decía, por lo bajo: «si tiene dólares se los compro a buen precio».

En todos estos comercios que atraen a los turistas, los precios inscritos en las etiquetas o indicados por el vendedor se formulan en dólares, hasta tal punto que, cuando deseo conocer un precio en soles de oro, la moneda nacional que llevo en la cartera, el interesado echa mano a la calculadora electrónica «made in Japan» y se entrega a complicadas manipulaciones, hasta que la maquinilla le indica, traduciendo sus cálculos nipones en el inglés más castizo, que *twenty nine U.S.A. $ = fifty six*

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

thousand three hundred and thirty five peruvian «soles de oro» en el día de la fecha. Después de esto, el astuto aparatito extremo oriental, con sus ojos oblicuos y sus pómulos acusados, añade en castellano correcto, pero un tanto gangoso: si te pide una rebaja, le haces el 6% y se lo dejas en cincuenta y tres mil soles en números redondos.

A mí me molesta que el patriotismo, constantemente proclamado, y el susceptible orgullo nacional se eclipsen totalmente en cuanto se trata de dinero y de operaciones mercantiles.

Cuando regreso al hotel, veo salir de un patio inmediato, cerrado por alta tapia, ante cuya puerta vela un centinela en armas, lo que permite suponer que se trata de algún cuartel, una sección de infantería en correcta formación. Los soldados que la componen me parecen tan pequeñitos, tan aniñados y tan indios como los que pude ver en Méjico. Debe de haber aquí los mismos criterios de selección militar que por allá.

Viernes, 29 de julio

Cuando bajamos esta mañana con el equipaje a punto para volar a Puerto Maldonado, una mala noticia nos sobrecoge. Una de nuestras compañeras ha recibido un telegrama de España anunciando el inesperado fallecimiento de su madre. Nuestra amiga, anonadada, va a regresar inmediatamente a su casa. Ante este drama lamentable, no sabemos cómo reaccionar para manifestar a nuestra amiga cariño y simpatía con la debida discreción. Cada uno trata de expresar su compasión con la delicadeza que se impone en este trance.

Este percance ensombrece nuestra salida y pone una nota de tristeza en nuestro grupo durante la espera en el aeropuerto. Por otra parte, tres de los nuestros se quedan en Cuzco por razones de salud. La expedición a la selva, por breve que sea, no permite imprudencias.

El vuelo es de breve duración. Tres cuartos de hora después del despegue estamos desembarcando en las rústicas instalaciones aeronáuticas de Puerto Maldonado. De los tres mil y pico de metros de Cuzco hemos pasado a los doscientos metros sobre el nivel del mar en que nos encontramos ahora. El aire ligero de Cuzco se ha transformado en una atmósfera cálida y húmeda de tierra tropical. Empezamos a trasudar, pero el malestar latente de las alturas se ha disipado como por encanto.

El avión que nos ha traído va a regresar a Cuzco inmediatamente. Una fila de viajeros se dispone a embarcar. Entre ellos hay un grupo femenino de treinta o cuarenta jóvenes uniformadas. Llevan todas la misma falda marrón y la misma blusa blanca. Por la estatura, la corpulencia y el desarrollo dan la impresión de pertenecer a una colectividad adulta, a una comunidad laboral de empleadas, enfermeras, azafatas o algo por el estilo. A mí me intriga este grupo y procuro informarme. Se trata de un grupo de niñas del colegio de Puerto Maldonado que van de excursión escolar a Machu Picchu. ¡Vaya niñas que se gastan en los trópicos! ¿Cómo serán entonces las madres de familia efectivas o virtuales?

Puerto Maldonado es un poblado de colonización, un puesto avanzado de la sociedad de consumo en Amazonía. Hace pensar en los pueblos de los Estados Unidos, popularizados por las películas del Oeste, con sus vaqueros y sus pieles rojas. Sólo que en Puerto Maldonado no estamos perdidos en la pradera o en el desierto arenoso, sino en la inmensidad vegetal de la selva virgen.

Las anchas calles polvorientas están bordeadas por viviendas de una planta, en

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

donde la rusticidad, lo provisional, los materiales ligeros predominan ampliamente. Entre los vecinos, el tipo indio es aplastantemente mayoritario.

Cuando nos apeamos en la Plaza de Armas del autobús que nos esperaba en el aeropuerto, nos encontramos con un pueblo en fiesta. En el quiosco que se levanta en el centro de la linda plaza, con sus árboles copudos y sus flores multicolores, los aficionados del lugar contienden en un certamen de canto. Por las calles, y en torno a la plaza, se disputa una carrera de triciclos, que son aquí el medio de transporte de mercancías más empleado, de la misma manera que las motocicletas se utilizan como taxi.

Un hombre de aquí nos toma por su cuenta y nos lleva a través de las calles en una visita turística en la que no hay nada que visitar. Lo más claro de la caminata consiste en encontrar una farmacia abierta para que algunos de los nuestros puedan adquirir el repelente contra los legendarios mosquitos tropicales, del que se encuentran imprevisoramente desprovistos. Las farmacias están cerradas a causa de la fiesta, pero tras mucho buscar entramos en una droguería donde existe una reserva del producto apetecido. Cuando los necesitados lo adquieren, los demás pensamos que lo que se usa aquí es, seguramente, más eficaz que lo que se encuentra en lugares menos amenazados. Total, cuando salimos de la tienda no queda ni un frasco de repelente y aún quedan compradores insatisfechos.

Cansados y aburridos, nos instalamos en un café de la plaza para refrescarnos, que buena falta nos hace. Parece evidente que nos están entreteniendo para hacer tiempo, que algo falla en el horario previsto. Cuando bastante más tarde nos llevan al puerto donde hemos de embarcar, la prolongada espera se explica. Hay allí un concurso de espectadores agolpados a la orilla del río; están esperando la regata anunciada en el programa de festividades. Se había previsto la salida para las nueve; ya son las doce y todavía se encuentran en la fase preliminar de los preparativos. El puerto está cerrado al tráfico y ésta es la razón de nuestro largo paseo. Ahora seguimos esperando, pero sabemos por qué, y el espectáculo que contemplamos nos hace tomarlo con paciencia.

Cuando hablo de puerto hago alusión a dos o tres modestos aparatos de carga y descarga, unos escalones que descienden hasta la orilla, una plataforma cubierta, unos barracones administrativos, un surtidor de gasolina y un ribazo arenoso medio enlodado.

La regata se ha de disputar entre dos piraguas tripuladas por siete u ocho remeros. Un banderín las distingue; colorado el uno y azul el otro. Los remeros se sirven de zaguales, esas anchas palas que se manejan a pulso y se zambullen alternativamente a babor y a estribor. Yo pienso que las embarcaciones que nos van a llevar deben de ser de este tipo y, con ello, nuestra expedición adquiere una aureola de aventura primitiva y novelesca.

Mientras tanto, los contendientes han terminado los preparativos y un policía de uniforme esgrime una enorme pistola con la que va a dar la señal de salida. Como apunta hacia arriba y yo me encuentro en lo alto de la plataforma que domina la orilla observo que, de vez en cuando, con la agitación desordenada del brazo armado, yo y los que están conmigo nos encontramos en la trayectoria eventual del proyectil, así que me encojo y me ladeo para evitar lo peor. A la primera tentativa el tiro falla; la pistola se ha encasquillado. Reparado el percance, suena por fin una detonación y las dos piraguas bogan hacia la orilla opuesta. Cuando lleguen tendrán que apoderarse de una de las dos banderas roja y azul plantadas en el lodo. El que traiga antes su correspondiente bandera será el vencedor. Es decir, que el que llegue primero habrá ganado, lo que no tiene nada de sorprendente. No recuerdo cuál fue la tripulación victoriosa, pero me parece que cuando una de ellas consiguió

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

apoderarse de la bandera que le correspondía, con cierto adelanto sobre sus rivales, el ardor de unos y otros se extinguió completamente y el viaje de regreso no fue más que una indispensable formalidad.

Al llegar a este punto de mi narración, me veo obligado a abrir un paréntesis... (En este instante estamos a 29 de septiembre. Hace casi un mes y medio que regresamos del Perú. Ya hace días que me consagro, a ratos, a redactar esta crónica. Y ahora, al leer las líneas que anteceden, me asalta un escrúpulo, toda una legión de escrúpulos. La verdad es que estoy mencionando pormenores al por mayor y consignando nimiedades de interés relativo. Lo único que me tranquiliza un tanto es que estoy escribiendo una crónica y no un ameno cuento. Si no soy un cronista apasionante, al menos nadie puede acusarme de no ser un cronista fiel. Además, la lectura de mi prosa no es una obligación. Así que, fuera escrúpulos y adelante con lo que iba diciendo, después de cerrar el paréntesis.)

Lo que iba diciendo era que, terminada la regata, el puerto podía reanudar sus actividades normales y que nosotros podíamos embarcar, por fin. Hemos de navegar río abajo durante unos veinte kilómetros hasta llegar al albergue donde tenemos reservada habitación.

Bajamos a la orilla por una pendiente arenosa, procurando embarrarnos lo menos posible. Allí se encuentran atracadas dos lanchas que nos esperan, en las que nos acomodamos subiendo por un tablón, uno de cuyos extremos se apoya en el lodo y el otro en la borda de la embarcación. Es un ejercicio de equilibrio que los hombres ejecutan con aire despreocupado, mientras que los guías ofrecen galantemente la mano a las damas. En las lanchas, a ambos lados, una tosca tabla permite que los viajeros se sienten frente a frente, con tal que sentarse signifique apoyar en la tabla una modesta fracción de lo que en el cuerpo de cada uno se utiliza por entero cuando se trata de descansar sin acostarse. En cuanto a las piernas, cada cual se las arregla para alojarlas donde quepan. Para los bajitos, el problema no es de mucha monta, pero para los grandullones ya es otro cantar. ¡Peor para ellos! Yo voy sesgado y encogido, pero me está bien empleado por crecer más de la cuenta.

Para mayor comodidad, un armatoste de madera sostiene un toldo de palmas en un caso y de plástico verde en el otro, lo que nos ha de preservar de los ardores solares durante la larga navegación.

Los que han embarcado primero salen y se alejan inmediatamente en su lancha, que no tiene nada que ver con las piraguas de la regata y que va impulsada por un motor fuera borda como los que se ven por todas partes.

Yo me encuentro en la segunda embarcación, con las mismas comodidades y con un motor análogo. Van con nosotros un piloto, un motorista y un guía de Lima Tours. Nuestra lancha está varada en el lodo. Con tanto peso perdemos mucho tiempo en maniobras complicadas y forcejeos obstinados antes de que flotemos libremente sobre las aguas del Madre de Dios. En este lugar, el río es de anchura respetable, más de cuatrocientos metros, pero no tiene nada que ver con las inmensidades del Amazonas. Las aguas son algo turbias y la corriente es rápida, pero no impetuosa.

Nuestro motorista hace repetidos esfuerzos para poner en marcha el motor, pero el resultado es decepcionante. A cada tirón del cordel de arranque responden toses y carraspeos mecánicos que no cuajan en el ronroneo explosivo y acelerado que esperamos. Después de cada tentativa, el motorista manipula los órganos esenciales del artefacto, sin el menor resultado positivo.

Mientras tanto, la lancha, impulsada por la corriente, se va alejando de la orilla y deriva aguas abajo, lo que no representa ningún inconveniente mayor; de todos modos es ése nuestro rumbo. Nosotros nos reímos mucho con el incidente, pero yo

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

me digo, en primer lugar, que vamos a tardar una eternidad en llegar al albergue y que comeremos tarde; después, como no podemos dirigirnos, corremos el riesgo de seguir a la deriva hasta que desemboquemos en el Atlántico, lo que representa un viaje más bien largo, si no me equivoco. ¿En qué estado vamos a llegar al término de esta odisea fluvial?

El piloto tiene que rendirse a la evidencia. La cosa no tiene arreglo; estamos ya lejos del puerto; urge encontrar una solución. Ante nuestros ojos van desfilando las dos orillas, doble y densa muralla vegetal. Ahora hay un claro en la muralla de la izquierda, con unas chozas y unas figuritas humanas que se mueven en torno de ellas. Al pie del alto ribazo están atracadas dos o tres lanchas. El piloto grita en dirección de las chozas. Su voz es clara y potente, pero con la distancia que nos separa de la orilla me parece imposible que le oigan.

—¡Pepe, ven con tu cuarenta! (Cuarenta designa un modelo de motor fuera borda de marca conocidísima, que se usa mucho en el Madre de Dios.)

Nadie responde; no han oído. El piloto insiste una y otra vez, hasta que una voz lejana contesta clara y lacónicamente: ¡Friégate!

Los que nos fregamos de verdad somos nosotros, que ahora nos reímos mucho menos, con muy poca convicción.

—¡Anda, ven, te pagaré la gasolina! Insiste el piloto. La solidaridad fluvial no es una palabra vana. A poco oímos el ruido de un motor y una de las lanchas se dirige hacia nosotros. No tarda en llegar, y el piloto explica brevemente la situación y lo que espera de su amigo: que nos remolque hasta el albergue. No tiene que preocuparse para nada; la agencia le indemnizará cumplidamente. El recién llegado se coloca paralelamente a nosotros y amarra su proa a la nuestra. Así unidas, las dos embarcaciones avanzan y forman un ángulo agudo, como la punta de una flecha. Somos una yunta de bueyes uncidos al mismo yugo, pero uno de los dos, nosotros, es un buey paralítico que el otro tiene que empujar y llevar a rastras.

—¡Qué bien vamos ahora y qué tranquilos nos sentimos!

Pero nuestro salvador se da cuenta de que con el poco peso su lancha flota como una pluma y la hélice muerde mal en el líquido elemento. Con las debidas precauciones, siete u ocho de nosotros transbordamos y aportamos a la lancha providencial el lastre que le faltaba. La velocidad aumenta considerablemente; todo se saldará con un ligero retraso, nos decimos nosotros.

Inesperadamente, las dos embarcaciones, como tijeras que se cierran, chocan una con otra, hay un crujir de madera rota y nuestra lancha inicia un terrible balanceo. Suenan gritos agudos. A mi lado veo la superficie del agua a dos dedos de la borda; otra oscilación como ésta y nos anegamos ante los ojos de nuestros compañeros de la lancha vecina, que no se dan cuenta exacta de la situación.

En una fracción de segundo, yo me imagino arrastrado por la corriente, tragando metros y metros cúbicos de agua cenagosa, atacado por los caimanes, devorado por las pirañas, pececillos feroces e innumerables que roen su presa hasta la médula en unos instantes, como lo he leído en las novelas de aventuras de mi niñez. Lo único en lo que no pienso es en los tiburones. A pesar del pánico, sé instintivamente que no deben abundar en estas aguas.

Afortunadamente, el balanceo se atenúa poco a poco y cesa. No ha pasado nada, excepto el susto atroz que nos hemos llevado. Se rectifican las amarras y se prosigue la navegación en medio de los comentarios animados y de las cuchufletas de mal gusto que suscita el incidente. Se aparenta la mayor serenidad y despreocupación, pero cada uno permanece alerta, evita los movimientos bruscos, por mínimos que sean, y cuando alguien se levanta o se desplaza para sacar una foto, provoca un griterío general de repulsa: ¡Siéntate, no te muevas!

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

El «Cuzco Amazónico Lodge» se encuentra aislado en la selva, a la orilla izquierda del Madre de Dios. Se desembarca en el ciénago de la orilla, en el que han puesto unos tablones y se sube por un tramo de escalones cavados en el ribazo, reforzados por troncos y maderos, hasta llegar al nivel de la tierra firme, veinte o treinta metros más arriba. Allí nos esperan los que nos han precedido. Llegaron hace tres cuartos de hora, pero no manifiestan ninguna inquietud por nuestra tardanza, lo que nos decepciona tanto más cuanto que, al contarles nuestras aventuras y peligros, no se nota en ellos el menos escalofrío de temor; acogen nuestro relato como una frívola justificación del retraso.

La gerente del albergue, una esbelta rubia de tipo anglosajón, pero con movimientos ondulantes de femineidad latina, rodeada por el personal autóctono, nos acoge con una sonrisa deslumbradora, unas palabras de bienvenida y un refresco de maracuya, en que el alcohol se disimula bajo el perfume de la fruta.

En medio de los árboles se yergue un vasto cobertizo, el comedor, donde unos troncos de diámetro apropiado, cortados a la altura conveniente, son los taburetes y las mesas.

Unos senderos serpenteantes se alejan del comedor entre los árboles y conducen a los pabellones de los huéspedes. Sobre maderos hincados en el suelo, a sesenta u ochenta centímetros de altura, se ha construido un entarimado rústico sobre el que se asienta una armazón de bambúes en que reposa una techumbre de palma. La habitación de cada huésped está cerrada por tres costados con un tabique de cañas hasta una altura de metro y medio. Lo demás comunica libremente con el exterior. Otro tabique que llega hasta el techo separa la habitación de la del vecino, ya que en cada pabellón se encuentran tres habitaciones, una al lado de otra. En el tabique que representa la fachada, una tosca puerta se abre sobre la terracita que forma el entarimado en la parte delantera. En un ángulo de la habitación han construido un suelo de ladrillos y dos tabiques interiores que aíslan las instalaciones sanitarias: un retrete desconchado y corroído y un barreño de hojalata oxidada, bajo un grifo del que mana el agua del río, turbia y arcillosa. Sobre la tapadera del depósito del retrete, dos botellas de agua filtrada, probablemente para que uno pueda lavarse los dientes.

Por todo mobiliario un catre o camastro, rectángulo de tablas puestas sobre cuatro patas, con listones transversales para sostener la colchoneta o, más bien, jergón en que se reposa. Por encima del camastro, una gasa sobre un armazón de cañas y cordeles en forma de tienda de campaña constituye el indispensable mosquitero. El borde inferior se sujeta debajo de la colchoneta en todo su perímetro. El problema capital es abrir un huequecito para colarse en la cama y volver a cerrarlo herméticamente para evitar visitas inoportunas.

Delante de cada puerta hay una lámpara de kerosene para combatir las tinieblas en el momento de acostarse. Por los senderos, de trecho en trecho, lámparas del mismo tipo arden buena parte de la noche. Entre los pabellones, unas tiendas de campaña individuales para el personal del establecimiento. Como ya se ha comprendido, los pabellones de los huéspedes son chozas exactamente como las de los indios de la selva, ni más ni menos.

Según parece, los «tours» amazónicos en Iquitos son más civilizados. Lo que se vende allí es la selva aséptica y climatizada. Aquí se vende la rusticidad, lo selvático, lo primitivo, que es más auténtico, como se dice.

Después de la comida salimos con un guía para dar un paseo. Vamos por los senderos de un circuito bien estudiado que nos permite admirar ejemplares de cada uno de los árboles útiles o curiosos de la selva, el que da la quinina, el que aleja los

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

mosquitos, el que cura las llagas, el que combate las diarreas, el que permite construir magníficos muebles y el que sirve para hacer piraguas ligeras.

En el momento de emprender el regreso empieza a oscurecer y caen unas gotas de lluvia que pronto arrecia de tal manera que, cuando llegamos al Lodge, estamos empapados hasta los huesos. Como sólo hemos traído un bolso de viaje y las maletas se han quedado esperando en Cuzco, no son pocos los que no tienen gran cosa para mudarse y aparecen en pijama o con alguna prenda inesperada. Esto por lo que se refiere a los hombres. Las mujeres son más previsoras. Ninguna de ellas presenta el menor síntoma de improvisación vestimentaria. Me he cambiado la camisa, pero me he tenido que quedar con los pantalones mojados. Al lado del comedor hay una gran hoguera. Están preparando ascuas para asar los pollos a la parrilla previstos para la cena. Yo me acerco a la fogata y me seco en un abrir y cerrar de ojos. Si me descuido hubiera quedado tan asado como los pollos, aunque menos asazonado porque nadie se había ocupado en echarme sal y pimienta.

A propósito de los pollos a la brasa, si yo me comí mi parte, a algunos les tocó una porción cuyo olorcillo poco apetitoso les obligó a abstenerse. La distancia a que nos encontramos del centro de abastecimiento que es Puerto Maldonado y la falta de electricidad para la conservación frigorífica son inconvenientes que esta gente no ha conseguido subsanar. En nuestra mesa de seis, después de escudriñar y olfatear concienzudamente, encontramos dos platos sospechosos que se quedaron intactos, como es natural.

Al acostarme, compruebo mis aptitudes para deslizarme en la cama bajo el mosquitero. El único en penetrar en el recinto soy yo; estoy convencido de que he sabido encerrarme en él y evitar toda intrusión. Hay que confesar que, por ahora, los mosquitos no se han manifestado mucho. O nuestros repelentes son de una eficacia total o el peligro, en este momento, es de lo más hipotético.

Durante la noche compruebo, con sorpresa, el gran silencio de la selva; sólo se oye el rechinar de algún insecto, menos obsesionante que los que oigo en verano por la ventana que da a mi jardín, o, muy de tarde en tarde, el graznido de algún pájaro. Yo esperaba otra cosa; un inmenso concierto animal, y me siento, hasta cierto punto, defraudado.

Sábado, 30 de julio

Me despierto temprano. Me gustaría fotografiar el amanecer en la selva, pero, cuando salgo, en el aire húmedo y fresquito flota la niebla.

Vamos a consagrar el día a una excursión por el río y por la selva. Cuando salimos la bruma se ha despejado, pero el cielo está uniformemente nublado. Vamos todos muy arropaditos. Con la frescura del aire y la velocidad de la lancha, cazadoras, chaquetones, impermeables, pañuelos y gorros no pesan a nadie.

De pie a la proa, la mirada atenta y la actitud gallarda, con una pértiga en la mano para sondear los fondos, nuestro piloto constituye una nota épica y aventurera. Escudriñando las aguas o utilizando la pértiga indica al timonel las variaciones de rumbo que nos llevan ora a proximidad de la orilla izquierda, ora por el medio, ora hacia la orilla derecha. A ambos lados desfila la selva, monótona por el color, diversa por el arbolado y la vegetación. Hasta este momento, la fauna está completamente ausente del paisaje. Muy de tarde en tarde, en un claro, una choza indica una presencia humana. Una familia india, ya asimilada por la civilización mercantil, cultiva un pedazo de tierra roturada y se integra al área económica de Puerto Maldonado gracias a las piraguas motorizadas que todos tienen.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

Tres cuartos de hora después de la salida, arribamos a una vasta playa de arena negruzca. En el lindero de la selva, se alzan unas chozas que forman un modesto campamento. En la playa, una cuadrilla de hombres que trabajan. Son buscadores de oro, esos legendarios aventureros que tanto hacen soñar a los lectores adolescentes. Aquí la leyenda es mísera realidad. Los aventureros prestigiosos son pobres peones de pico y pala, jornaleros al servicio de un empresario de Puerto Maldonado. Se pasan el día cargando las ciento veinte carretillas de arena que les corresponden, para llevarla hasta la orilla y lavarla en el agua del río, en rústicos tinglados de palos y tamices. El encargado nos muestra en el fondo de una batea un puñado de arena recién lavada. Hay allí un minúsculo granito amarillo y brillante. Así es como se presenta el oro tan codiciado. A nosotros nos fascina este puntito metálico que materializa la fabulosa leyenda del metal amarillo, la cruel epopeya de la codicia humana, alucinada por este espejuelo metálico que tenemos ante los ojos.

Para estos hombres que nos acogen con agrado, nuestra visita ha venido a romper por unos instantes la soledad y la monotonía del trabajo, pero pronto nos alejamos y los buscadores de oro vuelven al aburrido laborar cotidiano.

Ya son las once de la mañana, el cielo continúa nublado y hasta empieza a lloviznar. Ahora navegamos muy cerca de la orilla derecha. Posados en unos árboles al ras del agua, bandadas de pájaros, de plumas multicolores que hacen pensar en las de los faisanes y del tamaño de una gallina, son la primera aparición del mundo animal.

Un poco más lejos, el piloto señala con insistencia la orilla arenosa. Hay allí un bulto alargado que se confunde con la tierra. Hace pensar en un leño traído por la corriente, pero se trata de un caimán absolutamente inmóvil, indiferente a nuestro paso, inerte. Alguien sugiere que está embalsamado, que los servicios turísticos lo han colocado aquí para impresionarnos. En varias ocasiones durante la excursión podremos repetir el encuentro con los inquietantes animaluchos, siempre tan inmóviles e indiferentes excepto a la caída de la tarde, cuando, al pasar ante tres o cuatro caimanes adormecidos, uno de ellos se revuelve bruscamente con aire agresivo como si quisiera atacarnos. Es evidente que no depende para nada de la promoción turística de este sector.

Pájaros, caimanes, algunos colibríes y las numerosas luciérnagas de la noche serán las únicas manifestaciones de la fauna amazónica durante nuestro paseo.

Mientras tanto, el cielo se ha despejado, el sol brilla y nosotros nos hemos aligerado de ropa. Ahora nos adentramos en un estrecho brazo del río y pronto desembarcaremos para penetrar en la selva. Aquí también existen senderos que muestran que nos encontramos en un lugar frecuentado. No se trata de una incursión improvisada, sino de una verdadera lección de cosas. Nuestro guía ha vivido en la selva con los indios durante largos años. Ha aprendido a vivir sin otra ayuda que la del machete. A medida que nos explica los recursos que la naturaleza ofrece al hombre, hace una demostración práctica: cómo encender fuego, cómo preservarse de la lluvia o fabricar un recipiente con las hojas del banano, cómo apagar la sed gracias a un grueso bejuco que se corta y deja gotear en la boca una agua cristalina, pura y sin sabor, toda una técnica para sobrevivir merced a los recursos naturales. Para terminar la demostración, el guía desbroza una porción de terreno y nos acomoda alrededor de un palmito para que veamos todas las posibilidades que este arbolillo presenta. Una soga amarrada a la altura conveniente permite dirigir la caída cuando lo derribe a machetazos. Lo que no ha calculado el hombre es el intrincamiento vegetal en que se encuentra presa la copa. El último golpe de machete y el empujón final hacen que el tronco se desprenda de su base, no para derribarse en el lugar previsto, sino para caer plantado en posición vertical al lado del muñón decapi-

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

tado. El guía requiere la ayuda de los espectadores. Algunas de nuestras amigas, las más feministas por cierto, sugieren imperativamente: ¡Que vayan los hombres! Yo pienso que hay en esta discriminación cierta inconsecuencia, pero me decido a actuar por un momento como un leñador amazónico. Poco después asistimos a la utilización exhaustiva de nuestra víctima inocente, que se termina por la degustación colectiva del cogollo del palmito, que, por la consistencia y lo exquisito del sabor, poco tiene que ver con las latas de conserva que consumimos en Europa.

Antes de alejarme, tomo del suelo una de las enormes hormigas negras que abundan por allí, de manera que el animalito pueda utilizar sus mandíbulas para defenderse. Un mordisco feroz y la cruel sensación de quemadura que invade el dedo mordido me convencen de la increíble capacidad ofensiva del insecto. Pero todo lo doy por bien empleado en aras de la ciencia experimental. Terminada la incursión selvática, los estómagos proclaman unánimemente que desde hace tiempo ha dado la hora de comer. Afortunadamente, todo está previsto. Basta con cruzar el brazo del río para encontrar la playa en donde hemos de tomar la comida. Se desembarcan los cestos que la contienen, se distribuyen platos, vasos y cubiertos de plástico, nos ponemos a la cola para recibir los huevos duros, el arroz cocido y la carne en salsa que constituyen el menú y cada uno busca el lugar que más le conviene para acomodarse en la arena, los unos al sol, los otros a la sombra de los arbustos que crecen por allí.

Algo más tarde, después de enterrar cuidadosamente los desperdicios, nos embarcamos de nuevo y seguimos navegando por el Madre de Dios. Vamos a un poblado de indios acostumbrados a recibir la visita de los turistas del albergue en una especie de simbiosis. Son unos trescientos, entre los que hay bastantes más mujeres que hombres. Vivían antes algo más lejos, en Bolivia, cuya frontera se encuentra a unos seis kilómetros. Cultivan la tierra, utilizan los recursos de la selva y las visitas turísticas les aportan un pequeño beneficio. Deben tener algún arreglo con el guía, que vivió antaño con ellos.

Nos damos cuenta de que estamos llegando porque en lo alto de la escarpadura, unos niños nos observan. Cuando tocamos tierra se precipitan por la vertiginosa pendiente, depreciando los escalones excavados para mayor comodidad. Han abandonado la desnudez primitiva, van vestidos con sucios harapos civilizados. El guía y sus secuaces les entregan las sobras del picnic para que las transporten hasta el poblado. También les dan un saco con los pollos averiados que no se comieron anoche. Después de un día de navegación bajo el sol, no quiero imaginar en qué estado se encuentran. Tampoco diré nada sobre esta forma de ayuda «caritativa».

El pueblo se compone de chozas construidas con la misma técnica que nuestros pabellones del Amazonic Lodge, diseminadas por la explanada entre la escarpada orilla del Madre de Dios y el lindero de la selva.

Ante cada choza hay ropa tendida que se está secando; las gallinas y los gallos picotean el suelo, los adultos nos observan distraídamente cuando pasamos, los niños nos rodean. Y satisfago mi curiosidad con un sentimiento de profundo malestar. Hemos venido a ver a esta gente de la misma manera que se va a un parque zoológico o a un acuario. Pero lo que aquí contemplamos no son pieles abigarradas, aceradas garras, colmillos gigantescos, plumas multicolores o escamas exóticas, sino míseras existencias humanas, insoportables para nosotros, para quienes la abundancia opulenta en que vivimos es una exigencia natural, algo que se nos debe desde que nacimos. Sin embargo, cuando ya estamos para salir, me ha parecido ver algo que me divierte y me complace. Cuatro o cinco mujeres están charlando perezosamente cerca de una choza. A nuestro paso, las mujeres nos contemplan, la conversación se anima, sus rostros se alegran, se oyen algunas risitas disimuladas. Yo pien-

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

so que en este momento, también nosotros ofrecemos un espectáculo insólito; que esta vez, los bichos raros de la jaula o de la pecera somos nosotros, que estas mujeres están comentando con sorpresa, con escándalo, tal vez con compasión las rarezas de este puñado de hombres y mujeres singulares, que se presentan y se portan de tan extraña manera, con tan inusitadas actitudes y modales.

Con todo, un tímido contacto se ha establecido a través del guía que nos indica lo que aquí se puede comprar: plumas de ave, alguna piel de jabalí, arcos y flechas, unos collares de semillas y colmillos. Los collares tienen mucho éxito. Cuestan mil soles, cinco francos de Francia, pero no hay para todos ni mucho menos. El espíritu mercantil es demasiado incipiente para pensar en los negocios, estudiar el mercado y acumular existencias que permitan hacer frente a la demanda. La civilización de Puerto Maldonado todavía queda lejos. Los mugrientos andrajos son la manifestación más visible del progreso, junto con el barracón que es la escuela y las pilas usadas, tiradas con otros desechos muy cerca de las chozas. Son pilas para transistor. Su presencia explica la música que se oye acá y allá, música folk, pop y rock de la que se escucha por doquier, mezclada por alguna melodía siruposa del criollismo romántico que tanto gusta en este país. Todo ello llega hasta aquí a través de las ondas emitidas desde Puerto Maldonado.

Es posible que dentro de unos años, con la invasión de la civilización consumista, estos niños que nos rodean se encuentren en los tugurios de Lima, tratando de vender objetos de poco valor y bajo precio, de quitarle el reloj a algún viajero descuidado o de sacar algunos cuartos a los mirones con payasadas y malabarismos. Por ahora se dirigen a nosotros, tímidos y humildes, en voz inaudible, casi inarticulada, casi un soplo o con ademanes expresivos, pera pedirnos lápices o azúcar.

Una niña de pocos años me mira con ojos graves y señala la lengua con el dedo para indicarme que desea un poco de ese azúcar que yo no tengo. La mirada y el ademán me hieren cruelmente. Ya sé que no podré olvidarlos nunca.

El guía nos apremia. Se nos ha hecho tarde y tenemos por delante varias horas de navegación.

Vamos río arriba, contra la corriente. Ante nuestros ojos desfilan en sentido inverso los paisajes que hemos admirado por la mañana.

Ahora el cielo va cambiando rápidamente. El sol se está poniendo y asistimos, deslumbrados, al crepúsculo amazónico que prodiga en el cielo y en el espejo de las aguas un fantástico derroche de color, una increíble diversidad de matices, delicados o violentos.

Lentamente los colores se apagan, el cielo palidece, ante nosotros vemos brillar el lucero vespertino, cada vez más intenso en la creciente oscuridad. El río es una cinta plateada y la selva una masa sombría en donde brillan numerosas lucecitas verdes e intermitentes, las luciérnagas. Yo escudriño el cielo con insistencia hasta que descubro lo que buscaba. Un grupo de estrellas dibuja en lo alto, netamente, una constelación prestigiosa. Por primera vez en mi vida, la Cruz del Sur se muestra ante mis ojos.

Navegamos en la oscuridad total. Ahora el piloto no explora las aguas ni sondea los fondos. Vamos a ciegas. O las precauciones de la mañana eran aparato escénico para impresionarnos o, en este momento, sólo podemos contar con la mansedumbre benévola de la Providencia. Me digo que si encallamos en un banco de arena o chocamos contra algún tronco, las vamos a pasar moradas.

La inquietud sube de punto cuando oigo al piloto que dice: ¿Alguien tiene una linterna? La suerte de todos depende de una modesta lamparita de mano... y de esta gente tan imprevisora.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

Felizmente aparece una linterna, lo que permite examinar de vez en cuando alguna sombra amenazadora o inquietante. En estas condiciones no es de extrañar que el tiempo parezca interminable y que, cuando divisamos a lo lejos la lucecita que indica la proximidad del albergue, un profundo suspiro de alivio se escape de todos los pechos. Por esta vez nos hemos salvado.

Para cenar, nos sirven un plato de carne con legumbres, cocinado a la moda selvática en sendos cilindros de bambú cortados de manera apropiada y depositados en un lecho de ascuas.

Durante la cena y de sobremesa, unos músicos interpretan su repertorio local. La pequeña fiesta languidece pronto y yo me retiro hacia mi camastro y mi mosquitero.

Domingo, 31 de julio

Se terminó la estancia en Amazonía. Hoy regresamos a Cuzco. La lancha que nos lleva a Puerto Maldonado ha decidido portarse bien y las últimas visiones de la selva desfilan apaciblemente.

Dos autobuses nos esperan para llevarnos al aeropuerto. Uno de ellos es un viejo vehículo vulgar y corriente que no merece una mirada ni un comentario, pero el otro es un verdadero monumento arqueológico motorizado. Un gran rótulo proclama que se trata de la Góndola Tropical del Cuzco Amazónico. Ya sabemos que góndola puede significar carro, como playa significa parque para coches. Pero nunca hemos visto nada parecido a esta góndola con ruedas. La carrocería entera está historiada con paisajes y escenas amazónico-selváticas. Las abolladuras y desperfectos de toda índole no se pueden contar. Cuando llegamos, el gondolero está llenando el radiador con un cubo de agua, pero a medida que lo llena por arriba, el agua mana por las hendiduras y agujeros del artefacto y un abundnate reguero corre por el suelo. No es un radiador ordinario sino el mitológico tonel de unas Danaidas ecuatoriales. El vehículo da la impresión de estar hecho enteramente a mano, a machetazos, con los únicos recursos de la selva.

A mí me toca subir en el carro normal, que nos lleva a nuestro destino sin pena ni gloria, pero los que se quedan en la góndola tardarán una eternidad en llegar. Mientras les esperamos, forjamos las hipótesis más descabelladas para explicarnos la tardanza. Me parece recordar que cuando llegaron por fin nos dieron una explicación que he olvidado, pero no sería nada extraño que hubiera habido en el trayecto una parte de misterio inconfesable que nunca se han atrevido a divulgar.

No estamos solos en la sala de espera ni mucho menos. Hay aquí pasajeros suficientes para más de un avión. Entre nosotros empieza a cundir cierto nerviosismo a medida que el tiempo pasa. Parece ser que en este aeropuerto se expende pasaje a todo el que se presenta, sin tener en cuenta la capacidad de transporte del avión. El primero que llega a la pasarela es el primero en embarcar. A los remolones les dan con la puerta en las narices cuando todos los asientos están ocupados. Por esto nos agolpamos ante el acceso a la pista mucho antes de lo razonable y en cuanto se abre, nos precipitamos al avión, lo que nos permite embarcar a todos.

Llegamos a Cuzco para comer y prepararnos rápidamente para la excursión de la tarde. Un autobús nos ha de conducir sucesivamente a Sacsahuaman, Kencco, Puca Pucará y Tambomachay, corto circuito programado en todos los «tours». Los imperativos del camino obligan a efectuarlo de manera perfectamente ilógica, puesto que se empieza por el momento culminante de la excursión, por Sacsahuaman, cumbre y dechado de la arquitectura ciclópea con sus ingentes megalitos. Este lugar tan descrito y fotografiado, corresponde exactamente con lo que todos hemos visto

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

o leído. Sin embargo, la impresión que causa en el que lo contempla no es por ello menos profunda. El esfuerzo titánico de los hombres que lo construyeron admira y anonada.

En esta tarde dominical, las prestigiosas ruinas están invadidas por los visitantes cuzqueños que han venido a pasar el día y comer al aire libre. Entre ellos no faltan niños que corren y juegan ruidosamente. Unos cuantos de ellos entablan conversación con nosotros. Están llenos de curiosidad, de viveza de espíritu. Nos preguntan muchísimas cosas sobre Europa y contestan a nuestras preguntas con gran sensatez. Queremos saber cómo se llaman. Uno es Francisco, otro Luis, pero el tercero es Franklin o Stanley, otra es Djanira, el de más allá se llama Lenin y el último es Víctor Hugo. Cuando le preguntamos de dónde viene tan bonito nombre, nos dice: «Victor Hugo era un escritor francés de mucha fama».

Entre Sacsahuaman y Kencco, nos detenemos un instante. Al borde de la carretera, unas vendedoras indias exponen tapices, cojines, chompas, ponchos, todo lo que se vende en calles, plazas, tiendas, mercados y hasta despoblados. Si nos hemos detenido es porque estas mujeres están rodeadas por un pequeño rebaño de llamas, alpacas y vicuñas, magníficos animales que hasta ahora no hemos tenido la oportunidad de ver de cerca. Tienen lanas limpias y atusadas, se mueven con gracia y languidez, en sus grandes ojos rasgados hay un mirar melancólico y soñador que muchas seductoras profesionales de la pantalla o de la tele los podrían envidiar. Son el cebo del que se sirven las astutas vendedoras para atraer a la clientela. Las fotografiamos con entusiasmo. No somos los primeros en hacerlo ni seremos los últimos. Seguramente que no hay ninguna cover-girl de primer plano más fotografiada que estos camélidos sacsahuamantinos.

De regreso a Cuzco, visitamos la Catedral y la Iglesia de la Compañía, en la Plaza de Armas. Decididamente, lo barroco en el Perú es menos delirante que en Méjico.

Para terminar el día, algunos se lanzan una vez más a comprar lo que se presente: ¡es todo tan barato y tan bonito!

Lunes, 1 de agosto

Hoy, colmo de la molicie, no tenemos que levantarnos antes de las ocho.

Empezamos la jornada con la visita, que no pudimos hacer ayer, del convento de Santo Domingo, edificado en la Coricancha de los incas, donde se conservan parte del Templo del Sol y otras construcciones interesantes.

Tras esto, salimos de Cuzco hacia el Valle sagrado de los Incas, donde hemos de visitar Pissac, Urubamba y Ollantaytambo. Es una magnífica excursión en que las ruinas de Pissac y de Ollantaytambo son una meta histórica y arqueológica apasionante, pero, al mismo tiempo, la suntuosa diversidad de los paisajes que vamos cruzando suscita una atención sin eclipse, una admiración constantemente renovada.

En estos valles de Vilcanota, Yucay y Urubamba, la fertilidad crea un remanso de modesta prosperidad rural que hace olvidar la cruel pobreza en otros lugares. Los numerosos campesinos indios que encontramos por la carretera con sus vacas, sus chanchos y sus borricos, no son gente sumida en la miseria. Los árboles frutales y los cultivos más diversos invaden las orillas del río rumoroso. Todo ello crea un encantador ambiente bucólico.

Al entrar en Pissac, el control meticuloso de la «Benemérita Guardia Civil», como reza el letrero, nos recuerda que estamos en una época de inseguridad, con el terrorismo y las guerrillas.

La nota dramática la encontramos a la entrada del área arqueológica de Pissac.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

Hay allí un niño, solo y triste, que responde lacónicamente a nuestras preguntas. Poco a poco se familiariza y habla más libremente. Se llama Juliano, hace dos años que perdió su mamá. Ahora vive con «la de su mamá hermana» —dice él—, en la cercana comunidad de Ampay. Iba a la escuela en vida de su madre pero ahora no, no hay plata. Cada vez que Juliano alude a su madre desaparecida, se le llenan los ojos de lágrimas. Su tristeza es profundamente conmovedora. Procuramos distraerlo y consolarlo con un puñado de caramelos. Le pedimos que se deje fotografiar, «porque es un chico muy guapo». Ahora sonríe y posa ante el objetivo. Cuando le confiamos la máquina para que nos saque una foto a nosotros, su felicidad es completa. Por un momento ha olvidado su drama personal. La foto de Juliano ha salido muy bien. Lástima que la que él nos sacó haya fallado.

Comemos en Urubamba, en la Alhambra, magnífica hacienda transformada en hotel, con un hermoso patio de estilo andaluz, rodeado por una galería de madera. Aquí, como en muchos lugares, sirven un café concentrado del que se vierte un dedo en el fondo de la taza y se completa con agua caliente. De todos modos, el café que se bebe no es más entusiasmante que el que sirven en Méjico. Yo añoro el café de Italia, de España y hasta el de Francia.

Al contemplar el arbolado que rodea la hacienda y al recordar el que he visto hasta ahora, observo que el invierno austral no significa desnudez. El único árbol sensato es la higuera, completamente desprovista de hojas, como conviene en esta estación. Los demás, ni se han enterado. En la selva amazónica, el único indicio invernal era el aspecto un tanto ajado y polvoriento de la vegetación. Aquí, ni eso siquiera.

De regreso a Cuzco, en el momento de adelantar un camión, leo la inscripción que lleva en la parte trasera y que no consigo interpretarla de manera clara: «Dios perdone tus pecados», dice el letrero. No sé se si la maldad consiste en seguir de cerca al dichoso carro, en tratar de adelantarlo o si hay que entender la fórmula de otra manera.

Según parece, en este viaje de regreso hemos subido por encima de los cuatro mil metros, pero como no habían avisado, no he notado nada particular en lo que se refiere a molestias del organismo.

Martes, 2 de agosto

Hoy salimos definitivamente de Cuzco. Vamos a Puno y hemos de viajar en tren. Este viaje me tiene preocupado desde hace tiempo. Hemos de subir hasta La Raya, con sus cuatro mil trescientos catorce metros de altura. He leído en algún libro una atroz descripción de este trayecto de pesadilla, en que los viajeros caen como moscas y los enfermeros van constantemente arriba y abajo con mascarrillas respiratorias para reanimar a los que desfallecen. Para completar el cuadro, el viaje dura cerca de doce horas.

En el momento de salir, el cielo de Cuzco aparece nublado por primera vez. Vamos en un coche de primera, con los asientos numerados que corresponden al boleto de cada viajero. En medio del coche hay un pasillo. A cada lado una banqueta para dos viajeros frente a los cuales se sientan otros dos; entre unos y otros una mesita que permite leer, escribir y sobre todo comer en el momento oportuno, ya que la comida va comprendida en el precio del boleto y servida por el personal ferroviario.

Los asientos y los respaldos están acolchados y la primera impresión es favorable. El viajero ha de sentarse con la mayor dignidad, rígido y grave. El respaldo, perfectamente perpendicular al asiento, no permite relajamiento alguno. Esto, al

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

principio, no presenta grandes inconvenientes, pero a medida que el tiempo pasa, esta postura envarada empieza a parecer incómoda primero e insoportable después. Uno se ladea, se echa hacia adelante, se retuerce en un sentido y en otro, alarga las piernas como puede, trata de encogerlas, pero hágase lo que se haga, la tortura corporal es cada vez menos tolerable. Uno acaba convencido de que estos asientos fueron inventados en la época colonial como instrumento de tormento, por un inquisidor particularmente imaginativo y cruel.

Vamos subiendo por un vasto valle cultivado. De vez en cuando los cultivos desaparecen y surgen terrenos pantanosos en que abundan las aves acuáticas. Llevamos una velocidad mayor de lo que se podía esperar en este interminable subir, lo que indica que la pendiente es suave y la ascensión progresiva. Ahora el sol empieza a brillar.

En las estaciones del trayecto, nubes de vendedoras que entablan negociaciones con los viajeros por las ventanillas abiertas. Los más audaces suben al tren y penetran en los coches burlando la vigilancia de los empleados.

Diseminados por la puna podemos contemplar numerosos rebaños de llamas, alpacas, guanacos y hasta vicuñas, que pacen el áspero ichu agitado por el viento.

Después de franquear La Raya, lanzo un suspiro de satisfacción. Hemos pasado el punto culminante del trayecto y empezamos a bajar. Las aprensiones que me embargaban no han encontrado justificación. La tortura de los incómodos asientos no tiene relación con la orografía atormentada ni con los achaques de la altitud.

Llegamos por fin a Juliaca, término del tramo ferroviario del viaje. Nos quedan por recorrer en autobús los cuarenta y tantos kilómetros que nos separan de Puno, a orillas del lago Titicaca. La carretera corre por el altiplano pefectamente horizontal; por consiguiente, las líneas rectas son interminables.

En el hotel Puno no hay sitio para todos nosotros. Está previsto que unos pocos tenemos que ir a otro hotel un tanto alejado de la ciudad, completamente aislado a orillas del lago. En este momento, a mí todo me es igual. Me siento totalmente abatido, a causa del cansancio del viaje, pienso yo. En realidad, después de instalarme en la habitación, me doy cuenta de que estoy calenturiento, de que no tengo ganas más que de acostarme.

El termómetro que me prestan sube hasta un poco más de treinta y nueve grados. Los compañeros me hacen servir un mate de coca y me obligan a tragar yo no sé qué medicamentos que provienen de las reservas farmacéuticas de éste, aquél y el de más allá. Yo me sumo en un sueño profundo que dura toda la noche.

Miércoles, 3 de agosto

Cuando me despierto, la fiebre ha bajado un tanto pero no ha desaparecido, ni mucho menos. No me va a ser posible participar a la excursión por el lago que está prevista para hoy. Me siento tan alicaído que ni siquiera se me ocurre deplorar mi mala suerte. Lo esencial por ahora es salir de este mal paso y lo que me preocupa de verdad es la continuación del viaje. Ignoro cuál puede ser la dolencia que me aqueja y cuáles pueden ser las consecuencias, si ha de durar o si pasará pronto.

Los pensamientos siniestros no me impiden contemplar por la ventana el espectáculo del lago iluminado por el sol naciente. Así voy a pasar el día, de la ventana a la cama y de la cama a la ventana, siguiendo fielmente las prescripciones que yo mismo me he dictado.

Al pie de la ventana, una faja de tierra cubierta de matorrales, ancha de cuarenta a cincuenta metros, se extiende hasta la orilla. Más allá, la bahía en donde se encuentra Puno, invisible para mí. La totora emerge de la superficie en grandes ex-

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

tensiones. Desde ayer tarde, tres llamas pacen a mis pies, sestean tranquilamente, van un poco más lejos. Las tengo a la vista durante todo el día. Cada vez que voy a la ventana aparecen ante mis ojos en un radio de poco más de cien metros. Ellas y alguna embarcación que pasa a lo lejos, son mi única compañía, con el mozo que me trae lo que he pedido por teléfono para comer y beber.

Al final de la tarde empiezo a recibir visitas de los amigos que han regresado de la excursión. Gracias a ellos me entero de lo que habría podido ver sin este achuchón imprevisto.

Han visitado una de las tan conocidas islas flotantes donde vivían antaño los Uros, de los que sólo queda algún superviviente casi centenario.

Esos Uros, según dicen, de tipo negroide, eran considerados como los más antiguos habitantes de América. Tenían fama de torpes, a causa sin duda de la consanguinidad forzosa. Los que viven ahora en las islas flotantes son aimaras, cuyos medios de subsistencia son la caza, la pesca y sobre todo la artesanía y el turismo. A pesar del contacto constante con el mundo exterior, conservan fielmente sus antiguas costumbres y las tradiciones ancestrales.

Hay en la isla una escuela, fundada y sostenida por los adventistas estadounidenses, omnipresentes en su esfuerzo prodigioso para socavar la influencia católica y suplantarla. No falta quien dice que el proselitismo religioso y la actividad filantrópica no carecen de trasfondo político, lo que explica la importancia de los medios consagrados a estas tareas misioneras.

La escuela adventista da instrucción a cuarenta y cinco niños, recogidos en lancha diariamente por las diferentes islas.

Como se sabe, la totora que crece en lago se utiliza para todo, para consolidar las islas, construir chozas, fabricar embarcaciones.

La vida es dura. En las chozas hay sólo lo indispensable para subsistir: algunos cacharros y utensilios, unas esteras y petates para dormir y pare usted de contar. La comida se prepara en rudimentarios fogones, con lo que los incendios no son excepcionales.

A pesar de todo lo que puede haber de artificio en lo que han visto los amigos, lamento haberme perdido la excursión. Lo que no he perdido ha sido el extraordinario espectáculo de luz y de color en el cielo y en las aguas que va cambiando a lo largo del día, a medida que el sol sigue su curso inmutable.

A estas últimas horas de la tarde, el tratamiento improvisado está produciendo un efecto benéfico. Me siento mucho mejor, la temperatura tiende a normalizarse.

Jueves, 4 de agosto

Esta mañana me siento como nuevecito. La fiebre ha desaparecido. Es la resurrección del tercer día. Tal vez hay una traza de flojera en las piernas, pero el ánimo es de acero del mejor temple.

Ayer, con Christine y Conchita habíamos convenido que, si fuera el caso, me encontrarían pasaje en un avión para ir a Arequipa, a donde nos dirigimos hoy. Pero no va a ser necesario. Prefiero ir en tren, con los demás, y poder contemplar estos paisajes únicos en que nos encontramos. El avión, como la autopista, ignora la naturaleza y la diversidad, lo uniformiza todo.

El tren que nos lleva a Arequipa es hermano gemelo del que nos trajo de Cuzco, pero hoy, aquellos mismos atroces asientos de anteayer, aunque siguen siendo tan incómodos, me parecen soportables, ya no los veo como potro de tormentos inquisitoriales.

Vamos a bajar desde los tres mil ochocientos setenta metros de Puno hasta los

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

dos mil y pico de Arequipa, pero esta bajada empieza en verdad por una subida que conduce al punto culminante de la línea de ferrocarril, a los cuatro mil quinientos metros de Crucero Alto, todavía más alto que La Raya. Hoy voy sin aprensión. Dos o trescientos metros más o menos me tienen sin cuidado, sobre todo después de lo que acabo de pasar.

Mientras vamos subiendo, me digo que si el santanderino Jose María de Pereda hubiera pasado por aquí, habría escrito una novela titulada Punas Arriba.

Desde el tren, podemos ver chozas aisladas en la inmens ıd, algún indio a pie y hasta en algunos casos en bicicleta, grandes rebaños de vacas que pacen el ichu de la puna como si fuera el heno más exquisito de las pingües praderas cantábricas, normandas o suizas. Estos animales de Europa son un admirable ejemplo de paciente adaptación al medio.

Cerca de un pueblo, a cuatro mil metros de altura, podemos ver un campo reglamentario con sus dos porterías. Aun en estas altitudes, el fútbol tiene sus devotos y sus templos, aunque de momento el lugar esté completamente desierto. Las tribunas de este campo son un único banco de madera y de hierro como los que se ven en los jardines públicos. Debe ser el palco oficial. Los demás espectadores se espabilan como pueden.

De vez en cuando, se alzan en la puna torbellinos de polvo. Pienso que el viento que sopla es más frío de lo necesario y que vale más contemplar este paisaje desolado a través de las ventanillas del coche.

Otra visión inesperada en estas soledades son los postes que se alinean hasta el horizonte con sus alambres eléctricos, muestra clara de que el progreso técnico ha llegado hasta aquí salvando los obstáculos gigantescos de la Cordillera.

Desde que se me estropeó la grabadora, voy anotando en un cuadernito mis impresiones, lo más concisamente que puedo. No soy el único. Muchos son los que llevan una libretita donde anotan lo que desean recordar. Un amigo que dibuja con soltura, ilustra sus anotaciones con esquemas y esbozos precisos y exactos. Yo le envidio muy de veras esta habilidad.

Llegados a Arequipa e instalados en el hotel, me siento mucho menos cansado que en Puno y salgo a dar un paseo hasta la Plaza de Armas.

Allí, bajo los soportales, rodeado de gente distinguida y de oficiales de alta graduación, sale de un lugar público un sacerdote, que, visto de cerca, resulta ser el señor obispo de la diócesis. Los oficiales, muy deferentes, le acompañan hasta el impresionante coche que está esperando en la calzada. Supongo que acaba de terminarse una ceremonia señalada o una importante conmemoración de carácter cívico. Más tarde sabré que aquel local era el Ayuntamiento y los titulares de la prensa me informarán de que el señor obispo de Arequipa ha pronunciado un enérgico discurso contra la guerrilla, la subversión y las actividades terroristas.

Camino del hotel, leo una inscripción en la pared: «Si seguimos explotando a los pobres estamos perdidos».

Cuando entro en el vestíbulo, me encuentro con un impresionante hormiguear de gente joven. Son los chicos y chicas de un viaje escolar. Lo desagradable del caso es que mi habitación se encuentra en un piso en que la mayoría de los huéspedes pertenece a este grupo vocinglero y trasnochador, que aporrea las puertas para visitar a los compañeros y conversa ruidosamente por los pasillos. Me armo de paciencia y trato de conciliar el sueño a pesar de tanto ruido extemporáneo.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

Viernes, 5 de agosto

El día de hoy va a ser día de descanso.

Arequipa es una ciudad que me seduce, no tiene nada de la cochambrosa incoherencia de Lima. Sin ser una antigua ciudad provinciana como Cuzco, las notas modernistas, que no faltan, son discretas y se integran armoniosamente con aspectos más tradicionales.

La prosperidad de Arequipa se basa en el riego y la fertilidad del campo. Aquí se dan hasta tres cosechas anuales de ajos y de cebollas, la gran especialidad local. La propiedad de la tierra está bien repartida y permite la existencia de una clase numerosa de pequeños propietarios criollos, que viven sin ahogos.

Los arequipeños se sienten orgullosos de su ciudad, que consideran superior a Lima en todos los terrenos. Se dicen conservadores y añaden que Arequipa ha tenido siempre mucho peso en la vida política del país por su espíritu rebelde. Se ufanan de que «bajaron a muchos presidentes».

Un autobús ha venido a buscarnos para visitar la ciudad. Lo primero que hace el guía que nos acompaña es recomendarnos la mayor vigilancia con nuestros bolsos, cámaras cinematográficas, aparatos fotográficos y demás accesorios personales. Fue lo primero que nos recomendaron en Lima y al llegar a Cuzco nos afirmaron que los rateros de allí eran lo bastante diestros para quitarle a uno los calcetines con los zapatos puestos. En Lima pudimos comprobar a nuestra costa que no había exageración en lo que nos habían dicho. En Cuzco o en Arequipa, no. Me pregunto si la rivalidad entre las grandes ciudades, la envidia provinciana, el orgullo de la patria chica no llevan la competencia hasta los terrenos menos envidiables, como el de la delincuencia y la depravación.

El paseo por Arequipa nos permite visitar la deliciosa plaza en que se encuentra la iglesia de San Francisco, desde donde podemos contemplar la vasta llanura y, al fondo, la silueta del Misti, impresionante volcán. Según dicen, en esta época las laderas del Misti suelen estar cubiertas de nieve, pero el año es excepcionalmente clemente, lo que nos priva de esta visión magnífica.

Visitamos el monasterio de Santa Catalina, una verdadera ciudad conventual donde imperan los colores más intensos, para mayor satisfacción de los aficionados a la fotografía y donde aparecen los diversos aspectos de la vida monástica en la época colonial.

Viene después la extraordinaria Plaza de Armas, con su animación, sus escribanos públicos que ejercen su ministerio sentados en un banco, con la máquina de escribir en las rodillas, la Catedral, la Iglesia de la Compañía, su magnífica cúpula multicolor y su lindo claustro.

Era en ese claustro, a la caída de la tarde, donde un hombre joven, considerando mi gorra marinera que tanto sorprende por acá, decía a su compañero, en voz alta, convencido de que un gringo como yo no entendía ni una palabra del castellano: «¿Dónde se habrá dejado el barco?»

—En el lago Titicaca —contesto yo.

Yo soy de los que encuentran la réplica contundente cinco minutos después del momento apropiado, pero esta vez no ha sido así. El desconcierto de mi interlocutor me llena de júbilo.

A continuación, cuando me dirijo a la Catedral, me encuentro con una figura familiar que sale de allí. Es el señor obispo, hoy con un solo acompañante, que se dirige hacia un coche menos aparatoso que el de ayer. De seguir unos días en Arequipa, el señor obispo y yo nos saludaríamos como buenos conocidos.

Unos pordioseros mendigan en el rellano ante el templo. Uno de ellos es un cie-

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

go más bien joven. Pegado a la puerta, un niño inmóvil y silencioso. Le damos unos soles, unos caramelos, le hablamos. Nos dice, entre otras cosas, que espera a su papá y designa al mendigo ciego.

Una hora después, ante la iglesia de la Compañía, tropezamos con una familia sentada en la acera, la espalda apoyada en la pared. Hay la madre, una criaturita, un niño y el padre. Este, en cuclillas, dando la espalda al tráfico, está comiendo con una escudilla en la mano. El niño nos ve y nos reconoce, es el que esperaba a la puerta de la Catedral. Nosotros le saludamos y le dirigimos la palabra. La criatura es un hermanito, ¿verdad?. «Es mujer», contesta el chico para precisar la verdad.

Cuando me voy a acostar, la agitación y el ruido de mis juveniles vecinos es todavía mayor que ayer y crece por momentos. Esta vez, la paciencia se me acaba pronto. Me echo de la cama y abro la puerta gritando: «¿Cuándo se acaba esta jarana? ¡Ya estoy hasta los riñones de niños mal educados! ¡A la cama!»

Los niños mal educados se escabullen precipitadamente hacia sus habitaciones y en el pasillo reina un silencio sepulcral. Yo vuelvo a acostarme muerto de risa. Esos niños mal educados son mozas y mozallones entre diecisiete y veinte años, robustos y sanos, frente a un señor en pijama que no es ningún Hércules. Ellos son muchos y yo uno solo. Pero son alumnos sometidos a la autoridad profesoral y han identificado en mi voz los acentos magistrales. Su docilidad no tiene otra causa.

Lo que también me da risa es pensar que si la turbamulta de los muchachos me impedía conciliar el sueño, mis alaridos destemplados habrán despertado a más de un pobre durmiente que en estos momentos me estará maldiciendo.

Es lo que ocurre a menudo con las buenas voluntades inconsideradas. Hace años, al salir del cine, una noche vi el cielo enrojecido por las llamas. Una casa estaba ardiendo. El portal estaba abierto y unos transeúntes como yo, hombres abnegados, trajinaban con ardor. Estaban sacando a la calle los muebles de unas oficinas instaladas en dicha casa. Yo me uní activamente a los salvadores. Al cabo de un momento, ya no quedaba nada por salvar. La oficina estaba completamente vacía. No había más que el teléfono, puesto en el suelo. Yo pensé que era lástima abandonar el aparato para que fuera pasto de las llamas. De un tirón en el que puse todas mis fuerzas, arranqué el cordón que lo sujetaba a la pared y me lo llevé a la calle, donde lo depositè con cuidado en una de las mesas. Entonces llegaron los bomberos. El fuego no era en el cuerpo de edificio que daba a la calle sino en otro situado detrás. Poco después el peligro quedaba conjurado y los benévolos salvadores nos fuimos alejando. Fue entonces cuando pensé en el amo de la oficina, a la mañana siguiente, cuando al llegar al trabajo se encontraría el material en la acera, con teléfono y todo. La conclusión evidente es que, a veces, las buenas voluntades provocan verdaderas catástrofes.

Lo que nunca sabré es hasta qué punto mis voces en el pasillo resultaron catastróficas.

Sábado, 6 de agosto

Nos alejamos de Arequipa en un autobús moderno y cómodo. Tenemos por delante un recorrido de cerca de seiscientos kilómetros por la carretera Panamericana. La primera parte del viaje es un largo descenso que nos conduce hasta Camaná, al nivel del mar. Después, la carretera corre paralela a la costa, unas veces por los acantilados que dominan el Pacífico, otras un poco más al interior. En ambos casos lo que desfila ante nosotros es un inmenso desierto de peñascos, de dunas, de arena. La llanura inacabable y sin vida o el serpentear vertiginoso entre las anfractuosidades costeras.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

La paleta del que pintó este cuadro es de una riqueza delicada, de una inigualable sutilidad de matices. A cada momento me gustaría poderme detener, sacar fotos, admirar sin premura.

Al borde de la carretera, a cada dos por tres, aparece una cruz, o dos, o tres, hasta siete juntas en cierto lugar. Evocan algún accidente mortal. Después de una curva, un camión está cuidadosamente aparcado. El camionero está de pie ante una de esas cruces solitarias, en actitud de recogimiento. La escena apenas entrevista es conmovedora. ¿Qué drama personal está recordando este hombre, qué amistad perdida?

Al final de la tarde llegamos a la Hacienda de La Borda, en las cercanías de Nazca, agradable hotel donde hemos de pasar la noche. Las habitaciones se encuentran esparcidas en un bonito parque cubierto de árboles y de flores.

Desde hace un buen momento ha dado la hora de cenar y nos dirigimos al comedor, donde, a pesar de los numerosos comensales, reina un silencio total. A la mesa vecina, unos compañeros están comiendo. Nuestra presidenta, que se encuentra entre ellos, se levanta sin tocar el inmenso plato de tallarines con pescado que le han servido. Está muerta de sueño y se retira sin más tardar.

Nosotros esperamos que vengan a tomar nota de lo que vamos a comer. Después de algo más de un cuarto de hora, un camarero se informa de lo que deseamos. En las mesas vecinas, casi todos están en la misma situación de espera que nosotros. Para empezar, pedimos sopa de cebolla y ensalada de palta, no recuerdo lo demás.

Ya estamos acostumbrados a la lentitud del servicio de mesa. Ya conocemos lo del camarero que trae tres cucharillas, va a buscar la que falta, se aleja para traer el azúcar, llega con tostadas para dos, se ha olvidado la mantequilla, no trajo limón para el té, el café se ha enfriado, todos estos detalles que hacen interminable el desayuno, la comida o la cena, según los casos. Pero aquí, el desbarajuste sobrepasa los límites de lo imaginable.

La sopa de cebolla llega sola a la mesa después de tres cuartos de hora. De lo demás, ni hablar. La sopa, casi fría, se comparte, por si acaso, pero el tiempo sigue transcurriendo en vano. Yo protesto enérgicamente, en voz alta para que me oigan todos. Los compañeros, sorprendidos, piensan sin duda que el escándalo que estoy armando no manifiesta una corrección refinada, pero en el fondo están de acuerdo conmigo y expresan su aprobación. Mi repulsa no obtiene ningún resultado. Entonces me apodero del plato de tallarines que todavía está en la mesa vecina y lo reparto equitativamente. Hay que confesar que, a pesar de que se han enfriado, saben a gloria.

Ha pasado hora y media desde que entramos. Con la sopa, y las pastas de la presidenta, se nos ha pasado el hambre. Ya no espero más: «¡Páguense lo que debo y lo que quede, para el servicio!» Echo un billete más que suficiente sobre la mesa y salgo del comedor con la mayor dignidad posible.

A pesar de la ira y de la salida aparatosa, la risa me bulle por dentro. Lo que al principio era una situación irritante, ha llegado a tal extremo que ahora me parece francamente cómico. Voy pensando que el que se levanta airado y les echa el dinero a la cara es Don Quijote. Pero un poco antes, Sancho ha tenido la buena idea de comerse los tallarines. Esta dualidad tan frecuente me divierte y me pone de buen humor, lo que es excelente para dormir bien.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

Domingo, 7 de agosto

Esta mañana teníamos que levantarnos a las seis. A las siete empieza el sobrevuelo de la pampa de Nazca, con los misteriosos signos inscritos en el suelo que tanto dan que hablar. Yo estoy inscrito para la ecursión aérea; la tengo pagada desde los primeros días en Lima.

Con la rabieta de anoche, antes de acostarme vi a Conchita y Christine para decirles que no quiero darme el madrugón, que prefiero renunciar al vuelo. Ellas me dicen que no hay ninguna pega, que si es preciso harán que Lima Tours me devuelva el dinero, que duerma tranquilo y pase una buena noche.

Al despertarme, lo primero que veo es una esquelita que han echado por debajo de la puerta. Me dicen que si persisto en anular el vuelo, está bien; pero si no lo anulo, a las diez me llevarán al aeródromo, a unos kilómetros del hotel. Esta solución me conviene perfectamente. A las diez y media estoy junto a la avioneta que acaba de terminar un viaje y que me lleva en el acto.

Hoy, aquí, me encuentro por primera vez con una sorprendente novedad, la aviación miniaturizada y humanizada, el avión gigantesco de ruidosos reactores transformado en avioneta ligera como un pájaro. La aviación sin multitudes anónimas, sin micrófonos y altavoces, sin especialistas científicos de guerrera azul marino, gorra de plato y galones de oro. Nada de aceleraciones inconsideradas, despegues vertiginosos, atmósferas artificiales, aterrizajes solemnes. Se viaja a la pata la llana, sin protocolo, respirando el aire libre con la mayor sencillez.

El hallazgo genial, el descubrimiento despampanante consiste en suprimir los reactores, en utilizar un motor comparable al de los coches y una hélice como la de las lanchas del Madre de Dios. Ante tanta ingeniosidad simplificadora y tanto perfeccionamiento, me digo que el espíritu humano raya con lo divino, que el progreso técnico no tiene límites previsibles.

El sobrevuelo del desierto es una experiencia que me encanta. No me disgustaría aprender a pilotar uno de estos aparatos. Por lo que se refiere al espectáculo que he venido a contemplar, durante los primeros instantes no consigo distinguir nada de lo que el piloto me indica, pero pronto empiezo a saber localizar los signos que se presentan. Renunciar a este vuelo hubiera sido una decisión absurda e imperdonable. Lo que estoy viendo no se puede imaginar ni reconstruir a través de fotos, dibujos u otras representaciones.

Por la tarde, tomamos el autobús para dirigirnos a Ica donde hemos de pasar la noche, no sin detenernos al pie del mirador construido a orillas de la carretera, que permite examinar de cerca los signos cortados por el trazado de la Panamericana.

El paisaje ofrece sorprendentes alternativas de desierto y de fertilidad. Aquí, los cultivos son extensos, nada de chacras reducidas y familiares sino vastas huertas, grandes viñedos, inmensos campos de algodón. Es una agricultura mecanizada, industrial. Cerca de Ica, al borde de un campo, como bestia amarrada a una estaca, un avión que de toda evidencia es un apero agrario más.

Aparecen altísimas dunas de arena gris. Estamos llegando. Nuestro hotel se llama precisamente Las Dunas, se compone de bonitos pabellones diseminados por un hermoso parque con árboles y con arriates de flores de colores vivísimos. Hay la correspondiente piscina, un estanque con nenúfares y hasta un cuidado campo de golf.

Nos instalamos sin premura, después de refrescarnos. Yo me he bebido una enorme copa de chicha morada, bebida agradable, dulce y que prácticamente no contiene alcohol. A esta altura tan razonable me siento estupendamente, con la at-

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

mósfera soleada, la brisa suave, sin etapas interminables en perspectiva. Es el descanso reparador después de la aventura y del esfuerzo.

Durante el camino hemos hablado de la coca con la guía. Según ella, hay todavía dos millones de indios que la mascan. Bien es verdad que los vendedores callejeros y las tiendas de comestibles venden cajitas de hojas secas para preparar el mate de coca que aquí se consume como el te o el café. Yo he tomado dos o tres veces y no lo he apreciado: es como un condimento medicinal bastante insulso. Tiene el mérito de que se bebe caliente, que se le puede echar azúcar y que no inspira marcada repugnancia.

Lunes, 8 de agosto

Seguimos viviendo unas horas de deliciosa molicie. No tenemos que madrugar, podemos desayunar sin prisas y esperar tranquilamente el momento en que nos han de llevar al museo de Ica, gozando de estos deliciosos jardines del hotel. El café con leche del desayuno es el primer café con leche de verdad que tomo en el Perú, el sol brilla, la brisa sopla agradablemente, me siento como pez en el agua. Pez de lujo, de los que se venden caros en el mercado, en una agua cristalina de paraíso tropical.

Ahora espero el autobús que no ha de tardar. Estoy sentado al lado de una amiga que ha querido ponerse a tono con este cuadro refinado, se ha vestido con mucha elegancia y lleva sus mejores alhajas, que son vistosas y de precio. Una señora que se hospeda en el hotel se detiene ante nosotros y amonesta cordialmente a nuestra amiga por su imprudencia: esas joyas son una provocación, es casi seguro que la van a agredir para quitárselas, no se da cuenta hasta qué punto abunda por aquí la delincuencia. Con esta introducción, la conversación se hace inevitable, ya que la señora es de las más sociables y comunicativas. Nos dice que ella no es peruana sino chilena; que vive aquí porque se casó con un banquero de Lima, pero que añora mucho su tierra natal, donde una puede pasearse por la calle sin temor y sin peligro, puesto que nó hay malhechores. La gente no es como aquí, con tantísimos indios. Allá abunda la buena gente: los holandeses, alemanes y hasta franceses son muy numerosos. Además, está el régimen actual del general Pinochet, con el que las cosas han mejorado tanto. Antes no era como hoy, pero el pueblo echó al presidente comunista que tenían y Pinochet, que no aspiraba al poder, tuvo que resignarse a tomarlo, sacrificándose por el bien del país. Hubo muchos izquierdistas que se marcharon. Ahora que el país está bien encarrilado, van regresando los que se han regenerado en el destierro. En cuanto a Santiago, aquello sí que es una ciudad que vale la pena conocer. Tenemos que ir. Hay allí tiendas preciosas y grandes almacenes verdaderamente estupendos.

Nosotros escuchamos la lección histórico-sociológica en silencio, con una atención imperturbable. Siempre es bueno aprender algo que se ignora.

El museo de Ica es pequeño, pero me sobrecoge profundamente. No ya por la alfarería, los tejidos, los quipus y demás objetos de gran interés, sino por las momias que se exponen en diversas vitrinas con sus ropas, enseres, armas, herramientas y accesorios, en un perfecto estado de conservación, a causa del terreno y de la sequedad del clima que las han preservado. Estos hombres y mujeres que vivieron hace tanto tiempo, alterados y paralizados pero no destruidos, polvo que la muerte no ha convertido en polvo, me causan un malestar que no sé explicarme.

Los 140 kilómetros que hay entre Ica y Paracas no son más que un paseíto para nosotros, acostumbrados a trayectos más serios.

Durante el camino nos encontramos con numerosos camiones colmados de

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

enormes zapallos, calabazas entre las que abundan las de 80 kilos y más. Son un cultivo importante en esta región.

Yo pienso que si las chicas peruanas imitan a las españolas en aquello de dar calabazas a los pretendientes indeseables, para los mozos de aquí más vale pensárselo dos veces en el momento de declararse, habida cuenta del volumen y del peso de las cucurbitáceas de marras.

El hotel de Paracas tiene una disposición parecida al de Ica, en menos fastuoso tal vez. Pero está por así decir en la playa y lo que queda de la tarde transcurre en apacibles paseos por la arena, arrullados por las olas del Pacífico que, por su mansedumbre, merece sin restricción el nombre que lleva.

En el crepúsculo, el cielo ostenta las pompas más refinadas de la púrpura y del oro. Es un anochecer de gran lujo el que se nos ofrece hoy.

Con esto y con el pisco que nos sirven para empezar, la cena es una de las más alegres y ruidosas de todo el viaje.

Martes, 9 de agosto

Esta mañana vamos en una lancha rápida a visitar las islas Chinchas, y más precisamente una de ellas, la isla Ballestas, cubiertas de yacimientos de guano, una de las grandes riquezas del Perú. El guano fue utilizado ya en la época precolombina. La derrota en la guerra con Chile a fines del pasado siglo ocasionó una situación económica desastrosa; la extracción del guano fue intensificada hasta el punto de agotar prácticamente algunos yacimientos, como los de las islas Chinchas.

Para el viajero, el interés de estas islas reside en la fabulosa diversidad de las aves que viven en ellas. Las guías turísticas hablan de millares y millares de cormoranes, gaviotas, petreles, albatros, pelícanos, pingüinos. Casi la única que no se menciona es el ave fénix. Hay también focas y leones de mar, toda una Arca de Noé marina.

La diversidad de la fauna es real. En lo que se refiere al número, me parecería más exacto hablar de centenares más bien que de millares. La disminución tiene una explicación comprensible. Las variaciones caprichosas de las corrientes marinas, principalmente de la de Humboldt, y la pesca intensiva de la anchoveta de que se alimenta toda aquella población animal, han contribuido a alejarla de aquellos lugares. La anchoveta, con que se fabrica harina de pescado, ha sido, como el guano, otra gallina de los huevos de oro para el Perú, cuya industria pesquera está decayendo cada vez más.

De todos modos, la excursión de esta mañana es apasionante. El Pacífico en calma, las islas rocosas, el cielo puro y el sol radiante componen un hermoso cuadro animado por la exótica fauna marina, uno de esos espectáculos de la naturaleza que provocan un sentimiento de euforia total.

En algunos de nosotros, el cabeceo de la lancha pone livideces y crispaciones que no deben nada a la euforia, pero yo tengo la suerte de que el mareo no me afecta casi nunca y mi gozo es perfecto.

Tanto a la ida como a la vuelta, hemos podido admirar el enorme Candelabro inscrito en la falda de uno de los cerros que forman la bahía de Paracas, comparable con los signos de Nazca. Algunos guías lo atribuyen a los indios Paracas de antes de la conquista, pero según no dicen aquí, este signo fue trazado mucho más tarde. Esto no tiene nada de extrañar: los signos de Nazca son una fuente de inspiración que pervive hasta hoy. A lo largo del viaje he podido contemplar los que han sido trazados en el paisaje por «el glorioso Batallón de Infantería de Cuzco»,

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

por la «Benemérita Guardia Civil», por la Guardia Republicana, por el partido de Acción Popular y hasta por la Cerveza Cristal.

Lo que fue probablemente un compendio de astronomía y de espiritualidad es hoy un modelo de expresión propagandística.

Después de la excursión marítima, emprendemos el regreso a Lima, punto final de nuestro periplo. Durante 250 kilómetros encontramos de nuevo el desierto costeño y los oasis que aparecen en él de vez en cuando.

Un poco antes de llegar a Chincha Alta, encontramos grandes granjas avícolas en cantidad considerable, idénticas a las que vemos en España o en Francia.

Desde que viajamos en este moderno autocar, un Volvo reciente que nos transporta desde hace cuatro días a lo largo de un trayecto de mil kilómetros, he podido notar con disgusto que entre las «comodidades» del vehículo hay cristales ahumados, que protegen los ojos delicados del turismo cosmopolita de los nefastos rayos solares y de su luz deslumbradora. Ya se sabe que la gente civilizada no puede vivir sin gafas antisolares.

El resultado más claro (si cabe la palabra en este caso) es que los colores del paisaje se empobrecen y desvirtúan irremediablemente. Todo es fría suavidad, visión edulcorada, falseada, artificial.

La verdad es que vivimos una época de empobrecimiento, de castración sensorial. El paisaje que vemos a través de los cristales es un paisaje amenguado. Esos pollos de las granjas, que viven en la inmovilidad y se alimentan de industria, no son más que lamentables prisioneros de campo de concentración. No recuerdan para nada aquellos suculentos asados para días de fiesta del tiempo de mi niñez.

En el día de hoy, un plato de pollo, ternera, cerdo o pavo no es más que una dosis de fibras carnosas y blanquecinas, de sabor prácticamente indiferenciado.

Las magníficas manzanas que nos venden en las fruterías, todas del mismo tamaño, sin una mancha, son frutos dulzones, sin sabor y sin aroma que hacen añorar las manzanas de antaño. No hablemos de las truchas de piscicultura o de las langostas cocidas y congeladas.

Tampoco hay que olvidar las sumas fabulosas que la publicidad derrocha para convencer a las pobrecitas mujeres de nuestro mundo supercivilizado de que, a pesar del baño o de la ducha, del agua y del jabón a todo pasto, en cuanto se echan a respirar y a moverse unos cuartos de hora, desprenden un olor repulsivo que importa disimular o ahuyentar con artificios de laboratorio, que los desodorantes son para ellas artículo de primera necesidad.

Un joven me ponderaba recientemente el exquisito sabor de los alimentos que se consumen en los «fast-food», las delicias gastronómicas de hamburguesas y perritos calientes.

Paisaje sin calor y sin colores, carnes sin sabor, fruta sin aroma, mujeres asépticas, ¡pobres generaciones juveniles que no conocen otra cosa!

La señorita de Lima Tours que nos acompaña nos va dando una serie de interesantes precisiones. Está bien documentada y responde con precisión a las preguntas que se le hacen. Si ignora la respuesta, lo confiesa sin ambages.

Según ella, la pirámide social del Perú está dominada por cuarenta familias opulentas. Los pobres representan el ochenta por ciento de la población, los ricos el 5 por ciento; la clase media es el 15 por ciento restante. El salario mínimo es de 80 mil soles al mes. Un maestro con cinco años de carrera gana 250 mil, un ingeniero confirmado 800 mil. Se considera un buen salario 600 mil soles.

En 1982 la inflación fue de 80 por ciento, en 1983 ya ha llegado a 100 por cien. El interés que los bancos ofrecen a los que depositan sus ahorros es del 55 por ciento.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

Los alquileres están por las nubes. Al entrar, hay que pagar seis meses por anticipado. Si la zona es buena, se pagan 400 mil soles al mes; si es modesta, de 80 a 100 mil.

Por lo que se refiere a la política, ahora estamos en plena campaña para las elecciones municipales. La propaganda se hace por medio de modestas inscripciones murales. Hay tres partidos importantes: la Acción Popular, el APRA y el Partido Popular Cristiano, pero existen doce partidos más, entre ellos dos partidos comunistas rivales.

Nuestra guía conoce mal la vida sindical. Sólo sabe que existen dos centrales sindicales con capacidad movilizadora.

Hemos entrado desde hace un momento en el departamento de Lima, dividido en siete provincias. El sol ha desaparecido y volvemos a encontrar el cielo gris sucio de los primeros días: la capital no queda ya muy lejos.

Antes de entrar en ella, visitamos los vestigios incas de Pachacamac en donde destacan las ruinas del Templo del Sol y el Templo de la Luna, enteramente restaurado. Aquí domina el adobe a causa del clima, prácticamente sin lluvias. La neblina envuelve el paisaje, me siento cansado y Pachacamac me deja sin reacción.

En Lima nos aposentamos en el hotel que ya conocemos y encontramos el paisaje urbano que ahora nos parece familiar.

Miércoles, 10 de agosto

Esta mañana nos reunimos en la Casa de España, magnífica mansión blanquísima de estilo colonial, con salas de conferencias, salones, biblioteca, restaurante y demás. Unas placas de cobre conmemoran la visita de españoles importantes. Los últimos fueron el Rey Don Juan Carlos y la Reina Doña Sofía.

Vamos a asistir a un recital de poesía a cargo de cinco poetas que representan las diversas tendencias actuales: Alejandro Romualdo, Washington Delgado, que son los de más edad, Marco Martos, Antonio Cisneros y Raúl Bueno, más jóvenes. Cada uno lee una selección de sus poemas, interesantes de diversas maneras. La atención y el placer de los aepeístas me parecen evidentes y se manifiestan sobre todo con el poema que termina diciendo que «es difícil hacer el amor, pero se aprende» y con el que canta la muerte de Tupac Amaru, cuyo tono épico nos emociona. El recital ha tenido mucho éxito.

A últimas horas de la tarde hemos de encontrarnos con Mario Vargas Llosa, que ha aceptado la invitación de la AEPE para un diálogo con los socios.

Cuando nos dirigimos al hotel, donde se ha de celebrar el encuentro, tomamos un colectivo que compartimos con un limeño. Dice ser profesor, pero trabaja también en actividades turísticas porque el sueldo es insuficiente. En el curso de la conversación le hablo de la entrevista con Vargas Llosa. Entonces sonríe con ironía y dice: Prepárense a escuchar muchas mentiras.

No dice más porque ha llegado a su punto de destino y se despide de nosotros. Yo supongo que este señor será de ideas progresistas. La evolución ideológica de Vargas Llosa ha debido provocar mucho resentimiento en el bando que era el suyo.

La entrevista ha de tener lugar en el comedor de nuestro hotel y desde bastante antes de la hora señalada nos encontramos todos en el vestíbulo, conversando en pequeños grupos. La expectación crece a medida que pasa el tiempo y que el retraso de nuestro interlocutor se hace patente. Por fin, un pequeño grupo aparece a la puerta. Un error en las señas es la causa de nuestra espera. A la puerta, dos agentes femeninos de la policía montan la guardia. La amenaza terrorista que pesa sobre el escritor justifica la precaución. Yo identifico en el acto al eminente literato

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

en medio de sus acompañantes. He visto muchas fotos de él y he podido asistir a diversas emisiones recientes de la televisón francesa, que se le consagraron al publicarse la traducción de *La guerra del fin del mundo.* Lo he visto sobre todo en la emisión literaria de Bernard Pivot, «Apostrophes», de tanto impacto en Francia, y he podido escucharlo durante sus protagonísticas intervenciones en las que precisó posiciones personales y puntos de vista artísticos.

El hombre de carne y hueso es tal vez un poco menos estelar que la imagen de la pantalla. De todos modos, la sobria elegancia del personaje es innegable, como lo es el destello de la sonrisa, la armonía de la voz. Las compañeras deben pensar que es un hombre guapísimo, tanto o más que los muchachos de Iberia.

Muy pronto nos encontramos acomodados en torno a la mesa presidencial, después de las palabras que afirman la inutilidad de toda presentación. El novelista está dispuesto a contestar a las preguntas que se le hagan.

En este momento se establece un compás de espera, un silencio que pronto resulta incómodo. Por respeto y comedimiento, nadie se lanza a romper el fuego. Me parece urgente acabar con esta situación desairada. Yo soy tímido por principio y por naturaleza, pero mi timidez no excluye arranques de temeridad. Por esto me decido a tomar la palabra.

Recordando lo que he oído en la televisión, cuando nuestro interlocutor precisó con fuerza su posición ideológica, le pido que nos exponga aquellos conceptos, ya que la mayoría de nosotros no pudo escuchar lo que se dirigía al público francés únicamente. Para mí, este punto no es de los menos importantes y es una manera como otra de entrar en materia. Vargas Llosa vacila un momento, no esperaba esta pregunta poco literaria y la califica de capciosa, pero acepta responder sin remilgos y repite lo esencial de lo que dijo ha poco. Su posición es clara: él es reformista y no revolucionario. Ha podido observar que, frente a la tiranía oligárquica, ha aparecido otra tiranía revolucionaria, tan inhumanas y detestables una como otra. El único camino valedero es el de las reformas, de la libertad, de la democracia.

Tras esta afirmación, el diálogo con el auditorio se entabla ahora en torno a temas literarios, relativos al autor y su obra o a principios generales de la literatura moderna.

Vargas Llosa no es de esos escritores que sólo se expresan con la pluma. Es un charlista ameno, tiene extraordinarias dotes dialécticas, cultura literaria y evidente capacidad pedagógica. Nada tiene de extrañar que haya profesado en universidades prestigiosas. Nosotros lo escuchamos con mucho interés. En un rincón, los camareros del hotel han esperado un momento favorable para servir un pisco sour. Terminado el servicio, cuando se reanuda el diálogo, observo que no se retiran, sino que regresan al lugar que ocupaban y siguen asistiendo al acto con atención sostenida. Queda claro que lo que se dice, tal vez poco comprensible algunas veces, merece todo su interés y seguirán escuchando discretamente hasta el final.

Días más tarde, cuando ya el grueso de la tropa de la AEPE había regresado a Europa y sólo quedábamos los diez que prolongamos la estancia, estuvimos cenando en el Savoy la víspera de la salida. El camarero que nos atendía, en el momento propicio, con la sonrisa en los labios, nos dijo: «ustedes son los que estuvieron aquí con el señor Vargas Llosa ¿verdad? Y usted es el que le hizo aquellas preguntas...»

El hombre no había perdido detalle; se sentía orgulloso de haber participado en aquel acto en que un peruano ocupaba el puesto de honor y merecía tanta consideración.

Volviendo a la entrevista, cuando las preguntas de tipo literario se van espaciando, me decido a plantear unas cuestiones que me parecen importantes: ¿cuál es para Mario Vargas Llosa el problema esencial de su país?

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

La respuesta es que lo más importante es el terrorismo y las guerrillas. Si triunfara la subversión, se impondría la tiranía revolucionaria. Pero ese triunfo es improbable. El verdadero peligro es que la defensa del orden sirva de pretexto para un golpe militar. Lo esencial es, pues, la defensa de las libertades y de la democracia.

Pregunto también cuál es la opinión del escritor sobre la síntesis necesaria entre el mundo criollo y el mundo indio, tan cerrados hasta ahora.

Vargas Llosa afirma brevemente su optimismo en este dominio y cree que esta síntesis se hará en plazo razonable.

Estas respuestas me dejan insatisfecho. Para mí, este hombre refinado, culto, inteligente y sensible, tiene una visión europea de la situación de su país. Ha vivido en el exilio, se ha impregnado del espíritu de los países desarrollados, es optimista en exceso.

Yo no conozco nada de las realidades peruanas, si no es lo poco que he podido observar estos días. Expresar una opinión en este caso no sería más que ridícula pretensión.

Pero los inmundos hacinamientos de los pueblos jóvenes, los cobijos de cañizos y esteras que son el único hogar de tanta gente, el hambre, la miseria saltan a la vista.

En el Museo de Historia hay un cuadro que representa al general San Martín, el argentino libertador del Perú, cuando proclama la independencia ante la muchedumbre limeña. El general está rodeado por un estado mayor de militares y eclesiásticos. En otra sala se halla una galería de retratos de todos los presidentes que han ejercido el poder. Por otra parte, en la Casa Tagle, donde se encuentra el Ministerio de Asuntos Exteriores, otra galería expone los retratos de los sucesivos Ministros del ramo.

Pues bien, militares y eclesiásticos, ministros y presidentes, todos pertenecen al mismo tipo humano, todos son de rasgos genuinamente europeos, todos hubieran podido ser políticos, soldados o religiosos de España, de Francia o de Italia. No hay en ellos nada de indio o de mestizo.

¿Cómo desconocer que la dirección del país, de la sociedad, de la economía está aquí exclusivamente entre las blancas manos criollas?

Yo me atrevería a afirmar que los dos problemas de primera magnitud de esta tierra son la miseria escandalosa en que viven tantos peruanos y la barrera, tal vez invisible pero infranqueable, que separa el Perú criollo del Perú indio.

No es posible remedar ningún modelo, hacer del Perú una nueva Suecia o un Japón en miniatura. Si una solución existe, no se halla en la facilidad. Dar con ella exige un esfuerzo enorme de realismo, de generosidad y sobre todo de imaginación creadora.

Me hubiera gustado que un hombre de la calidad de Vargas Llosa hubiese dicho todo esto de manera menos alusiva e imprecisa.

¡Bueno, ya está bien! Confieso que me he dejado arrebatar por el tema. Pero el asunto es de importancia aunque esté un tanto al margen de nuestro viaje. Que los lectores me perdonen y me absuelvan.

La entrevista con el escritor se termina con una ovación merecida.

Después, cada uno se va a lo suyo. Mañana será otro día.

Jueves, 11 de agosto

El día de hoy es de libertad total que cada uno emplea a su manera. Pero al final de la tarde nos hemos de encontrar en la Embajada de España donde se nos ofrece un agasajo.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

Mientras tanto, paseos, compras y visitas dispersan nuestro grupo a través de la ciudad. Una de nuestras compañeras habrá de conservar un mal recuerdo de este último día. Se encontraba cerca de la iglesia de San Francisco cuando un par de mozalbetes en moto pasaron rozándola y le arrancaron el bolso de un tirón. Dinero, papeles y algunos recuerdos comprados a última hora desaparecieron para siempre.

A lo largo del día, he podido comprobar una vez más el carácter afable y acogedor que predomina por acá.

Al visitar la Casa Tagle, sede del Ministerio de Asuntos Exteriores, he querido informarme de no sé qué detalle y para ello me he dirigido a un señor que se encontraba cerca de mí. Resulta ser un funcionario del Ministerio y no sólo me proporciona la información deseada sino que me habla largamente del Palacio, se interesa por mi viaje, comenta las diversas etapas, me precisa las cosas interesantes que puedo ver y lamenta que no haya visitado Chiclayo, su ciudad natal. Todo ello en un tono de cordial simpatía, como agradeciendo que yo haya venido de tan lejos para conocer su patria.

Más tarde, entro en una librería para comprar un mapa del Perú. El que me presentan es muy satisfactorio, pero me parece demasido caro. Cuando voy para salir, una pareja joven me susurra discretamente que en la esquina más próxima se halla el Instituto Geográfico Nacional, donde se pueden adquirir a buen precio cuantos mapas se deseen. Hay en estos jóvenes el deseo evidente de prestar servicio a un extranjero desconocido.

En el Instituto Geográfico, no sólo me proporcionan el mapa apetecido, sino que los tres empleados que allí se encuentran entablan conmigo una conversación parecida a la del Ministerio, con la misma cordialidad y el mismo interés caluroso.

Ya fuera, en la Plaza San Martín, abro el Guide Bleu y me pongo a buscar en el plano una indicación que me interesa. Una mujer del servicio municipal de limpieza está barriendo la acera cerca de mí. Al verme buscar en el plano, abandona su tarea y me pregunta con mucha amabilidad qué estoy buscando. Yo se lo digo y ella me informa de manera completa y pertinente.

En esta enorme ciudad, a pesar de la marea turística, la gente no tiene las reacciones de xenofobia que aparecen tan a menudo en este caso. Para mí es éste un detalle importante que merece subrayarse.

A últimas horas de la tarde, nos encontramos reunidos en la Embajada de España, donde se sirve en honor nuestro un cóctel en dos actos, el primero a cargo de los camareros que circulan entre los grupos con apetitosas bandejas de comestibles y bebestibles; el segundo ante una larga mesa cubierta de vituallas no menos tentadoras.

El Embajador nos ha acogido uno a uno a la llegada, pero la reunión se prosigue de manera informal, sin discursos ni protocolos. Aquí están los universitarios y los poetas que hemos encontrado anteriormente. Las conversaciones animadas surgen en los múltiples grupitos que se forman y se deshacen según la inspiración del momento.

Yo me dedico metódicamente a despedirme de cada uno de los compañeros. En Méjico los que volaban hacia Madrid tuvieron que salir antes que los de París y yo lamenté profundamente aquella dispersión sin despedida.

Mañana yo me quedo aquí con otros nueve. Ahora es el último encuentro de nuestro grupo entero en el Perú. Si no me equivoco no olvidé a nadie en la despedida.

La recepción en la Embajada se prolonga. Nadie parece tener prisa en retirarse, excepto tal vez el personal de servicio.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

Viernes, 12 de agosto

La salida hacia el aeropuerto de los que regresan hoy está prevista a las diez y media. Los que nos quedamos hemos de irnos antes. La separación se hizo ayer en la Embajada, como yo lo pensaba.

Ignoro los detalles del viaje de regreso de nuestros amigos, pero hay que suponer que transcurrió normalmente, puesto que así me lo hacen suponer las noticias que he ido recibiendo de unos o de otros.

Este regreso me obligaría a poner aquí el punto final a la crónica del viaje de la AEPE por las tierras incaicas.

Pero todavía quiero añadir algunas precisiones sobr la pequeña retaguardia que se quedó gracias a la posibilidad que se ofrecía de prolongar la estancia unos días más. La Agencia se comprometía a asegurar nuestro embarque y nuestro regreso el día 16. Lo demás de la estancia quedaba por nuestra cuenta.

Eramos diez los que aprovechamos aquella oportunidad, pero tres compañeras se quedaban en Lima. Los siete restantes habíamos decidido de antemano seguir juntos.

Eramos tres helvéticos y cuatro galos. Como todos saben, los franceses son gente estupenda (yo añadiría que los hispano-franceses lo son todavía más, pero no sé si estaría bien decirlo). En cuanto a los suizos, tiene fama de serios y puntuales. Pero yo he descubierto durante estos pocos días que también son gente positivamente encantadora.

Ahora bien, la elaboración de un proyecto colectivo exige tiempo para concertarlo y no disponíamos de él. Afortunadamente, uno de nuestros suizos, el más grandullón y de risa más comunicativa, hizo lo que no hacíamos los demás, se puso a reflexionar. No se contentó con esto, sino que se encargó de todos los detalles materiales, de todos los preparativos, de todas las gestiones. Así que, cuando llega el momento, ya sabemos el lugar y la manera de utilizar el tiempo de que disponemos.

La experiencia nos ha de mostrar que nuestro amigo no ha olvidado nada. Gracias a él, nuestra expedición transcurre como si la hubiera organizado la agencia de viajes más eficiente.

Con nuestro boleto de ida y vuelta nos dirigimos, pues, a la sede de la empresa de transportes Rodríguez Hermanos, que nos ha de llevar a Huaraz, en el Callejón de Huaylas (valor supremo en la jerarquía del Guide Bleu, con tres estrellas que significan «Excepcional»).

La salida se hace con el correspondiente retraso. Viajamos en un Pegaso tan moderno y cómodo con el Volvo que nos trajo de Arequipa, con la ventaja de que los cristales no son ahumados y permiten apreciar el paisaje sin deformación cromática.

Los demás pasajeros, a excepción de una pareja de italianos muy jóvenes, son peruanos corrientes y molientes, de clase media, singularmente silenciosos y reservados durante todo el viaje. Los italianos, viajeros de mochila, muy aseaditos y muy amartelados, no nos acompañan mucho tiempo. A la salida de Lima, en un control minuciosamente severo, la policía comprueba algún olvido de fecha en el pasaporte de la muchacha y les obliga a apearse. Yo compadezco muy de veras a esta parejita simpática y deseo de todo corazón que su problema se arregle bien y pronto.

De Lima a Huaraz hay algo más de 400 kilómetros. Desde la capital hasta Pativilca, durante doscientos kilómetros, vamos por la Panamericana, a través del desierto costero que ya conocemos. Aquí la carretera es un doble reguero de inmundicias abandonadas por los automovilistas y de crucecitas funerarias. Hay que notar

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

que la línea continua central que se inscribe en la calzada en los lugares que lo exigen, no tiene el menor significado para los conductores autóctonos.

La segunda parte del trayecto es una larga subida que nos lleva hasta más de cuatro mil metros de altitud a través de cerros y punas. Tras esto se penetra en el Callejón y se desciende hasta los tres mil metros de Huaraz. Esta vez, aunque los efectos de la altitud se dejan sentir, me parece que no son tan abrumadores como en Cuzco o en Puno.

El viaje resulta largo, con una parada para comer, en el restaurante de mala muerte impuesto por los hermanos Rodríguez, y algunas más durante la subida para permitir algún respiro al motor. Durante una de estas paradas, descubro que el poncho no sólo es una prenda de abrigo sino que preserva eficazmente los pudores femeninos, cuando algunas señoras bajan del autobús, se alejan un tanto, se cuelan en el poncho y se acuclillan con toda tranquilidad.

En otra parada nos acercamos a una familia india que, al borde de la carretera, a orillas de un arroyo, cuece maíz en un enorme caldero y lo lava en el agua del riachuelo. Sacamos unas fotos y damos unos caramelos a los dos niños, Edgard y Juan. El padre murmura sentenciosamente, como para sí mismo: hay gringos malos, pero hay gringos buenos que dan caramelos a los niños.

Un viajero está conversando con dos de nuestros suizos. Para este hombre, Suiza es un mundo ignorado y no se cansa de interrogar. Yo escucho distraídamente lo que se dice hasta que oigo una pregunta de formulación correcta pero de contenido inesperado: ¿qué mar les baña?, dice el hombre deseoso de instruirse. Ignoro la respuesta de nuestros amigos. Yo habría contestado que el mar que más baña a los suizos, por lo que tengo visto, es el Mediterráneo, a lo largo de la Costa Azul, la Costa Brava o la Costa del Sol. Pero tal vez mi respuesta no hubiera parecido lo bastante pertinente a los interesados.

Al final de la tarde llegamos a Huaraz, donde tenemos habitaciones reservadas en el Hotel de Turistas, uno de esos establecimientos creados y administrados por el gobierno, como los paradores de España. Es un hotel muy bien puesto. Mi habitación me permite contemplar un magnífico panorama de sierra, con prados y bosques, coronado por majestuosas cimas cubiertas de nieve, a más de seis mil metros.

No más llegar, nos inscribimos en la recepción para el gran «tour», excursión organizada por una agencia, que sale cotidianamente y dura todo el día.

Después de una noche reparadora, nos preparamos para la salida. Un microbús tiene que venir a recogernos al hotel. Naturalmente, llega con el acostumbrado retraso y empieza por llevarnos a la agencia, donde se añaden otros viajeros y el guía, de tal manera que en vez de las trece personas previstas somos dieciocho, unos sentados y otros de pie, molestándonos unos a otros e impidiéndonos ver el mundo exterior. Los recién llegados, peruanos, parecen resignados, pero nosotros protestamos unánimemente con indignación. El guía pretende imponernos esta situación, amenaza con anular la excursión, con renunciar a acompañarnos, pero como no damos el brazo a torcer y la razón está de nuestra parte, los viajeros excendentes acaban bajando, ya les encontrarán otro acomodo. En cuanto al guía, con todo su furor, se queda en el vehículo, en donde cada viajero ocupa un sitio entero. El guía es Abilio, un joven que toma muy a pecho los intereses de la agencia de la que no es más que un asalariado. Está profundamente resentido por no haber podido imponernos su autoridad. Empieza diciéndonos la suerte que tenemos de ir con él, el mejor guía del Callejón. A lo largo de la mañana, nos hará saber que es el más ducho para las correrías de montaña —trekking, dice él—, que es el mayor conocedor de la flora local, que tiene un pronóstico meteorológico infalible. Después de estos preliminares, empieza su explicación de guía, la misma que debe pronunciar cada

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

día, pero hoy la dice casi a gritos, en un tono airado del más curioso efecto, como si nos reprendiera o nos insultara.

Mi naturaleza conciliadora me lleva a tratar de amansarlo. De vez en cuando le hago alguna pregunta precisa sobre algún aspecto de lo que vamos viendo o sobre algún detalle de lo que acaba de decir. Al responderme, lo hace con el tono natural que corresponde al que se ve escuchado con interés y con atención, el tono del maestro que contesta al alumno aplicado. Después de tres o cuatro preguntas y respuestas, el hombre se dulcifica y la tensión desaparece.

El Callejón de Huaylas es un remanso de fertilidad y de lozanía. Aquí, los indios, la «gente campesinado» como dice Abilio, muestra un aire de modesta prosperidad, de felicidad rural, que contrasta con lo que hemos visto en otros lugares. Las ropas de las mujeres son de colores más vivos, los rostros más sonrientes, las casas más cuidadas.

A un lado y a otro del valle del río Santa, la cordillera Blanca en que domina el Huascarán con sus 6.768 metros y la cordillera Negra, enmarcan majestuosamente este cuadro privilegiado.

Huaraz, Carhuaz, Ranrahirca, Yungay, Caraz, son localidades encantadoras, pero todas ellas han conocido trágicos seísmos, desprendimientos devastadores que han ocasionado su destrucción parcial o total, principalmente en 1962 y 1970. Yungay por ejemplo, fue destruida totalmente. Abilio dice que sólo los muertos se salvaron, porque el cementerio, situado en una altura, fue lo único que no quedó sepultado bajo el barro y las rocas.

Una placa de bronce en un peñasco conmemora la muerte de unos aviadores argentinos venidos a socorrer a las víctimas de la catástrofe. Al lado de la roca, unos niños aseaditos y bien vestidos están jugando, cerca de un grupo de mujeres sentadas a orillas del arroyo que corre por allí. Uno de los chiquillos se viene hacia mí con tres hojas que acaba de coger en un arbusto. Me las tiende con una sonrisa y me dice: «se lo regalo». Yo le doy las gracias y él añade: «¿tiene propina?»

Claro que la tiene. Un procedimiento tan delicado merece recompensa. Se la doy con agrado, con mucha admiración por la habilidad táctica del muchachito.

Al pie mismo de los nevados, contemplamos una laguna verde esmeralda; visitamos el Paso del Pato, angostísima garganta donde convergen la Cordillera Blanca y la Negra. A cada instante aparece un punto de vista, un aspecto nuevo que admirar en el paisaje.

Regresamos al atardecer encantados del paseo. Lo único que lamentamos es que mañana hemos de regresar a Lima.

Antes de tomar el autobús que nos ha de llevar a la capital, tenemos tiempo de pasear por las calles de Huaraz, en donde hay un mercado concurridísimo, exclusivamente campesino. Nosotros somos hoy los únicos turistas presentes. La policromía de las ropas femeninas es extraordinaria, como lo es la diversidad de mercaderías y la alegre animación que reina por doquier. La gente ha venido para comprar y vender, pero también para ver, para encontrarse, para hablar y para reír. El Callejón de Huaylas es en verdad un paraíso rural, un rinconcito bucólico, una tierra de égloga.

Hasta los chanchitos negros que, en esta mañana dominical, divisamos al borde de la carretera en donde a cada paso encontramos vacas, borricos, hombres, niños y mujeres, resultan simpáticos. No tienen la blancura sonrosada de los lechones de Francia que les da cierto aspecto malsano de gusanos desmesurados.

Yo, que como Pizarro, he guardado guarros en cierta época sombría de mi juventud, sé que aquellos cerdos eran pérfidos, hipócritas, taimados, que, aparentemente tranquilos y despreocupados, me estaban acechando y en cuanto me ponía a leer

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes

unas páginas de mi libro, se alejaban de puntillas, cada uno por su lado, obligándome a interrumpir la lectura para tratar de encontrarlos y reunirlos. En cambio, estoy convencido de que estos chanchos son francos y sencillotes, verdaderas palomitas sin hiel.

Llegamos a Lima sin novedad y pasamos el día siguiente en visitas, compras de última hora y paseos sin fin.

El martes 16 nos encontramos reunidos los diez que nos quedamos. La agencia nos recoge en el hotel a la hora convenida, se encarga de la facturación y del embarque, el viaje de regreso comienza sin incidente.

Antes de franquear el Atlántico hacemos escala en Guayaquil, en Bogotá y en San Juan de Puerto Rico. El 17 de agosto, a media mañana, veo desfilar bajo mis pies la geografía de la meseta castellana, su geometría rural, su orografía tímida, su geología discreta.

Después, Barajas, seis horas de espera, Orly, las últimas despedidas, el fin del viaje.

Cuando escribo las últimas líneas son las cinco de la tarde del lunes 31 de octubre.

Inmediatamente después me leo de un tirón el legajo de folios que he ido escribiendo a lo largo de varias semanas.

La lectura es francamente decepcionante. Me es imposible sacar en claro si esta crónica me ha salido imberbe o con barbas. Nunca sabré si he pintado a San Antón o a la Purísima Concepción.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Sergio GARCÍA-ORIOL. Impresiones del Perú en forma de crónica subjetiva
Centro Virtual Cervantes